

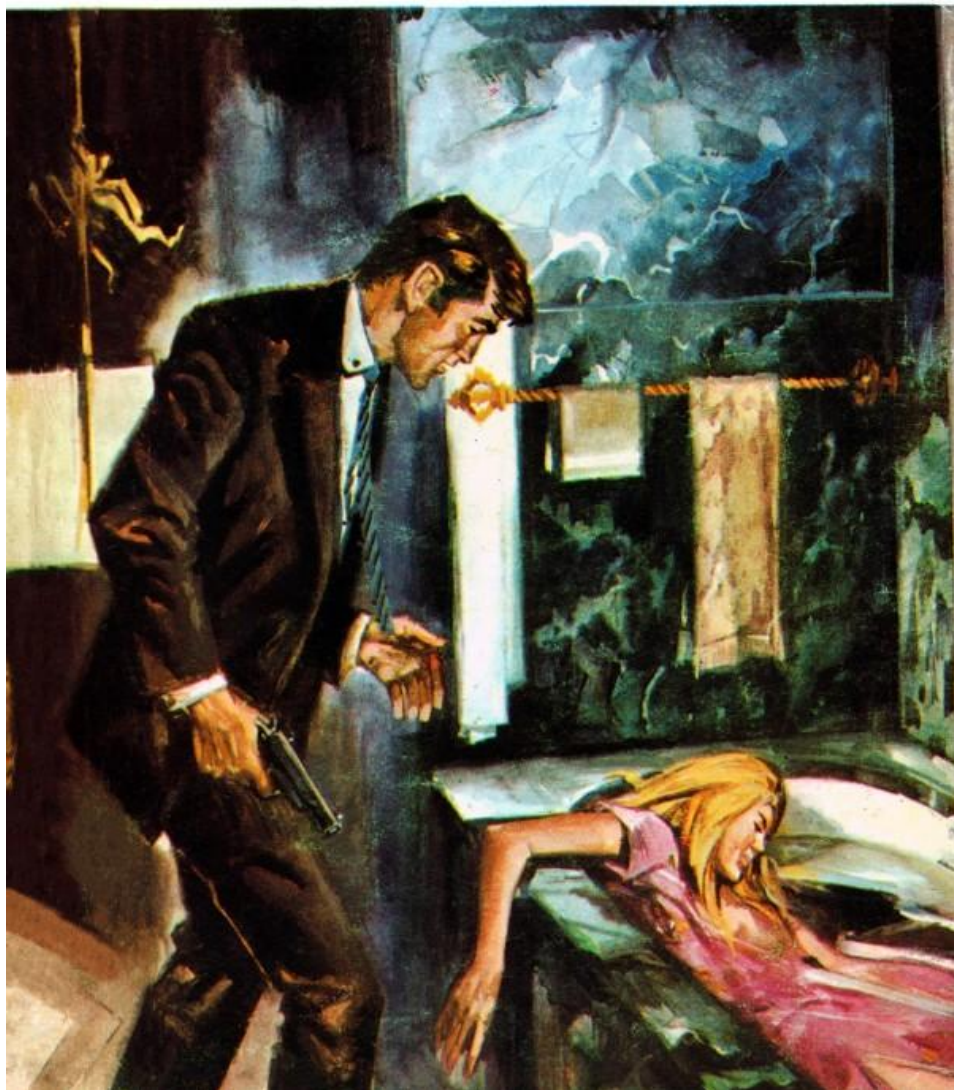
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

NO SE ADMITEN
CORONAS

Mark Halloran



COLECCION

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

732 — Los muertos viajan.

En Colección ASES DEL OESTE:

593 — Un «Colt» en la sombra.

En Colección PUNTO ROJO:

809 — Aquel jueves negro.

MARK HALLORAN

NO SE ADMITEN CORONAS

Colección PUNTO ROJO n.º 813
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 35.150 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: noviembre, 1977

© Francisco Bruguera - 1955

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. /
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La dama dijo:

—No creí que fuera usted tan caro.

Hacía calor. Greene se levantó y fue a abrir la ventana. No ganó mucho con ello. Volvió a sentarse detrás del escritorio y contempló pensativo a la mujer.

Tenía el cabello de un color entre negro y rojo. Tenía otras cosas: ojos pardos, de expresión lejana e intangible; la clase de boca que Greene prefería —ni demasiado grande, ni demasiado chica, ni demasiado roja, ni demasiado clara, pero fresca, atrayente y como educada para que el menor movimiento de sus labios llamara la atención—; *tenía* el cutis dorado, un cuerpo firme, j, tenso, bien curvado y unas piernas de anuncio de medias. A juzgar por su postura en el sillón, se sentía orgullosa de ellas. Lucía un vestido justa y sabiamente cortado: un vestido de precio. Ninguna joya. En general, pertenecía al tipo de las mujeres delicadas, pero duraderas. Greene le calculó veintidós años y el dinero suficiente para poseer un cupé lujoso como el que en aquel momento aguardaba en la calle; dinero, sin embargo, que no ganaba por sí misma. Entre ella y el cupé se adivinaba la presencia de un marido, o un padre, o quizá un amante. Cualquiera.

—No soy caro —replicó—. Veinticinco al día y cien de prima, gastos aparte, se los cobraría un barrendero. Y yo conozco este oficio mejor que un barrendero. Usted lo sabe; de lo contrario, no habría venido a mí.

—Hay otros detectives en la ciudad.

—Seguro —asintió tranquilamente Greene.

Ella examinaba con disimulo la pequeña oficina. Sus ojos remotos se posaron en el fichero, en la descuidada biblioteca, en el diploma colgado de la pared, en la gastada tapicería del diván, en el escritorio, en la colilla aplastada al pie de la ventana. Salvo el sillón que ocupaba y otro gemelo, no había nada más. Ni cabía. En los departamentos del piso duodécimo del viejo edificio Dutton no podían instalarse despachos a estilo Sunset Bulevar.

«Está pensando que no me van del todo bien los negocios», se dijo Greene.

Y en voz alta, añadió:

—La austeridad es mi norma. Reduciendo los gastos generales se beneficia uno y beneficia a sus clientes. Despedí la secretaria hace un año.

La mujer se encogió de hombros.

—Había una lista así de larga de agencias de investigaciones en la guía telefónica. He elegido la suya porque me caía más cerca, pero temo haber cometido un error.

—¿Sí?

—No puedo pagar tanto dinero.

Greene rio sarcásticamente.

—¿Cuánto paga de manicura a la semana?

Ella entornó los párpados.

—Eso me parece una grosería.

—Usted no sabe lo que es una grosería.

Hubo un silencio. Luego, Greene insistió lentamente:

—Veinticinco pavos diarios y cien de prima, gastos aparte. ¿Lo toma o lo deja?

La mujer abrió su bolso, sacó un cigarrillo y lo prendió con un encendedor negro y plata. Aspiró el humo y lo expelió en dos finos chorros por la nariz. Echó atrás la cabeza.

—Me llamo Nancy Stevenson.

Greene estudiaba la graciosa curva de su garganta.

—Siga.

—Iba a casarme con un hombre llamado Kenneth Byrne, que ha desaparecido. Quiero que usted le encuentre.

«Directa y objetiva», pensó el detective. Las mujeres no solían plantear un asunto así. Empleaban circunloquios, se remontaban a antecedentes familiares invocaban ejemplos y establecían comparaciones. Nancy Stevenson, no.

—La policía tiene un servicio especial para la búsqueda de personas desaparecidas.

—Este caso es distinto.

—¿Por qué?

—Por muchas razones. La primera es que no puedo afirmar que Ken... que Kenneth Byrne haya desaparecido. Es decir, ¿cuándo se sabe si una persona ha desaparecido o no? ¿Cuándo se dice que ha desaparecido realmente?

Greene enarcó las cejas.

—Por lo general, cuando esa persona abandona su domicilio sin previo aviso, y deja de vérsela en los lugares habituales, y no acude a su trabajo y nadie sabe dónde está, ni qué ha sido de ella.

—Bueno, eso es lo que ocurre con Ken. Pero —la muchacha fijó la vista en la brasa de su cigarrillo— no estoy completamente segura, y creo que soy yo la única que se ha alarmado.

—¿La única? ¿Qué dice la familia de él?

—Vive solo. Me refiero a sus amigos, a sus compañeros de trabajo, a su patrón. Me han asegurado que en cualquier momento regresará... que le habrá dado un antojo... que tendría algún asunto urgente que resolver...

—¿Y por qué no ha de ser así?

—Presiento que no. Deje que le cuente lo que ha pasado. Hace cuatro

días, Ken y yo cenamos juntos. Me acompañó a casa a medianoche. Habíamos de vernos al día siguiente por la tarde. No acudió a la cita. Llamé a su departamento y no contestó nadie. Llamé por la noche al Club Tropical, donde trabajaba, y no estaba allí. Por la mañana averigüé que cuando se separó de mi había regresado a su departamento y guardó el coche en el garaje, pero que no se acostó. Desde aquel momento no se le ha vuelto a ver, ni se han recibido noticias suyas.

La muchacha no demostraba la menor emoción.

—¿De qué trabaja en el Club Tropical?

Nancy Stevenson se pasó la lengua por los labios.

—Es *croupier*.

Greene se arrellanó en el asiento. Su entrecejo se había fruncido.

—Sospecho que no podré aceptar el trabajo.

—¿Por qué no?

—Ni por cien mil dólares me acercaría al Club Tropical. Conozco esa cueva. Pertenecer a Gus Mitchell, una víbora que amontona billetes desplumando incautos en sus mesas de juego. Si su novio ha desaparecido, señorita, pregúntele el motivo a él. O mucho me equivoco o lo conoce de sobra —Greene se inclinó hacia adelante para escrutar los ojos de la muchacha. Añadió lentamente—: Siento decírselo, pero dudo que Kenneth Byrne reaparezca.

Ella se puso rígida.

—¿Insinúa que ha muerto?

—O que Gus le ha retirado de la circulación.

—Gus y él son buenos amigos.

—Gus Mitchell no es buen amigo de nadie. Usted sabe perfectamente que en este asunto hay algo que huele mal. Por ello, en lugar de recurrir a la policía, contrata un detective privado. El caso es «distinto», efectivamente.

—Se equivoca. Si no recurro a la policía es a causa de mi padre.

—¿Qué pasa con su padre?

—No consiente nuestras relaciones. Tiene una idea un poco ridícula de las cosas, ¿comprende? Armó un escándalo cuando supo en qué trabajaba Ken. Me sacó de la ciudad, me envió a Florida y luego a Europa. Amenazó con desheredarme. Su actitud me obligó a fingir que acataba su voluntad, porque no me gustan las complicaciones ni las escenas melodramáticas; pero sin que él se entere, desde que volví de Europa, Ken y yo hemos seguido con lo nuestro. El empleo de un hombre nada tiene que ver con el hombre mismo.

—¿Está segura de eso?

—Estoy segura de Ken. Y no hago caso a prejuicios estúpidos.

—Es usted una ingenua.

Nancy dijo entre dientes:

—No me juzgue tan pronto, señor Greene.

El detective preguntó:

—¿Quién es su padre? ¿A qué se dedica?

—A la política. Además, tiene un rancho en Río Hondo.

—¿Es quizá Milo Stevenson, el senador?

Greene silbó.

—Eso significa un montón de dinero.

—Significa un montón de dinero, muy bien. Pero no es mi padre quien le contrata, sino yo, y yo estoy a radón de hambre, ¿entiende lo que quiero decir? Mi padre cerró la espita cuando empezó lo de Ken, y no ha vuelto a abrirla. Todo esto ha de hacerse sin que él se entere: es la condición principal.

—No me gusta.

La muchacha titubeó. Luego hizo ademán de levantarse.

—De acuerdo, dejémoslo.

Greene extendió las manos.

—Aguarde. Cabe la posibilidad de que yo sea injusto, de que me equivoque respecto a Kenneth Byrne y usted. Dese cuenta: el *croupier* de un garito que pertenece a Gus Mitchell, y la hija de un magnate político, ¡bonito cóctel! ¿Cuánta plata ha perdido usted en el Club Tropical?

Nancy le miraba fijamente.

—Alguna... al principio.

—¿Cuándo empezó esa historia?

—¿Qué historia?

—La de su romance con Byrne.

—Hace seis meses.

—¿Le conoció en el Tropical?

—Sí.

—¿Antes o después de perder?

—Mientras perdía —dijo secamente la muchacha.

—Y luego las pérdidas terminaron. ¿Pagó al contado?

—No.

—¿Firmó pagarés?

—Sí.

—¿Los ha recobrado?

—Sí.

—¿Todos?

—Todos.

—¿La ayudó Byrne?

Súbitamente, Nancy cerró su pequeño puño y lo descargó sobre el brazo del sillón.

—¡No me ayudó! ¿Cómo iba a ayudarme? ¿A qué se refiere?

—Cuando la hija de un hombre rico y significado en política frecuenta

un garito y se enamora de uno de los *croupiers* —repuso Greene, con calma—, pueden ocurrir dos cosas: que el *croupier* sea utilizado como gancho y la chica suelte sus dólares a caño libre, en las mesas de juego o a través de un chantaje... y quizá sea un chantaje contra su padre; o bien, que el *croupier* se enamore a su vez y sea lo bastante romántico como para cortar la sangría en perjuicio propio. Bueno, ¿qué fue lo que pasó?

Nancy dijo solamente:

—Ken me quiere.

—¿Nadie le ha apretado las clavijas a su padre? —No.

—¿Cómo puede saberlo?

—Supongo que no.

—¿A pesar de los pagarés? —Greene sonrió burlonamente—. ¿Me hará creer que Gus Mitchell se ha convertido en una inocente paloma? A su padre no le faltarán enemigos políticos. Cualquiera de ellos pagaría generosamente la menor chispa de escándalo, y usted, firmando pagarés por deudas de juego y amartelándose por ahí con un esbirro de Mitchell, no es una chispa, ¡es toda una hoguera! ¡Cómo no iba su padre a alejarla de la ciudad! ¡Y todavía dice que tiene una idea ridícula de las cosas!

—No sabe de lo que habla. ¡Escándalo, chantaje! ¡Por Dios! ¿Qué importa que Ken trabaje en un garito, o que trabaje en un Banco, o que trabaje en una fábrica de papel? ¿Qué importa que mi padre sea rico, o pobre, o un político, o un jornalero? ¡Ken y yo nos queremos como todo el mundo, aunque mi padre y usted, y la gente como mi padre y como usted, se empeñen en ensuciarnos de barro! —La muchacha se puso bruscamente en pie—. Bueno —añadió con voz tensa—, no he venido aquí a escuchar impertinencias. Adiós, señor Greene.

—Siéntese y hágale de él. De su carácter, de sus gustos, de sus aficiones, de sus amistades, de cómo le juzgaban los hombres y cómo las mujeres.

Nancy se sentó lentamente.

—¿Le buscará?

—Sí.

—¿Por qué ha mudado de opinión?

—Porque un asunto con el senador Stevenson y Gus Mitchell de por medio ofrece la garantía de obtener buenas tajadas. Y porque usted me gusta.

Ella ahora no se enojó.

—Es usted un cínico.

Greene se inclinó, abrió el cajón inferior del escritorio y sacó una botella de ginebra.

—Soy solamente un hombre sincero —repuso—. ¿Quiere un trago?

CAPÍTULO II

Nick Polo era gordo, y como estaba en mangas de camisa, lo parecía más. El estómago le rebosaba por encima del cinturón. El sudor formaba grandes manchas en sus sobacos.

Greene vio que se le había apagado el cigarro y se acercó a encendérselo.

—Uh —gruñó Polo.

Levantó el taco, estudió unos segundos la situación de las bolas en la mesa de billar y se inclinó sobre la banda con la gracia de un hipopótamo. La carambola falló.

—Era de alivio —dijo el detective.

Polo le lanzó una mirada por encima del hombro. Cogió las bolas y volvió a colocarlas como estaban. La carambola no falló esta vez.

Greene murmuró:

—Sabía que lo conseguirías.

El gordo se enderezó, resoplando.

—¿Qué cuerno quieres?

—¿Yo?

Al fondo del salón de billares, un muchacho reía. Casi no había nadie: tres mesas ocupadas. Nick Polo jugaba en solitario. Entre la lámpara y el fieltro verde flotaba una nubecilla de humo.

—¿Para qué tanta coba? Estoy sin blanca, Greene. Vete, me irritas los nervios.

Greene se apoyó en la pared y hundió las manos en los bolsillos.

—¿Cómo se presentan las elecciones?

—¿Qué cuerno quieres? —repitió Polo. Su taco impulsó las bolas con demasiada fuerza. Masculló una imprecación—. En la política no hay sitio para ti, si es eso lo que buscas.

—Ni soñarlo. Pero tú eres el cacique del barrio, Nick. Tratas con grandes personajes, fabricas y hundes ídolos a tu antojo, apañas triunfos electorales cuando te lo piden... ¿Qué ganas con ello?

—Influencia.

—¿Y dinero?

—En el fondo es lo mismo. Déjame en paz.

Greene calló y esperó a que el gordo rematara con un fallo una serie de seis carambolas.

—¿Conoces al senador Stevenson?

El taco se inmovilizó sobre el tapiz.

—¿Qué pasa?

—Me interesó indirectamente por él —dijo el detective, como distraído—. Un asuntillo sin importancia. ¿Qué clase de pájaro es? ¿Tiene madera? ¿O es una pompa de jabón, como tantos otros?

—Ojalá fuera una pompa de jabón —rezongó Polo—. Va a darnos guerra, el condenado. Uno de esos «padres de la patria», ¿ves el tipo? Con ideales, bonitas frases y dinero para llegar a dónde se propone. El punto fuerte de los republicanos. Se crio en un rancho y tiene el alma de cuero. Todavía cree en la democracia, la justicia y todo eso, y no hay modo de untarle —Polo escupió a un rincón—, ni de echarle el lazo. Es honrado, desgraciadamente.

—Por lo cual, los republicanos os pisarán el distrito.

—No se ha dicho aún la última palabra.

Greene sacó las manos de los bolsillos y, con ellas, un paquete de tabaco. Encendió un cigarrillo.

—Ya.

El gordo le examinaba apoyado en el taco.

—Si por casualidad tuvieras algo contra Stevenson —dijo cuidadosamente—, se le podría... poner precio... En fin, tú comprendes.

Greene demoró su respuesta.

—¿Quién ha dicho que tenga algo?

—Hum —hizo Polo.

—¿Stevenson está casado?

—Viudo.

—¿Con hijos?

—Una hija.

—¿Qué tal?

—Una de esas muñecas de club nocturno y página de sociedad.

Greene chupó su cigarrillo.

—A veces hay quien tiene en los hijos su punto flaco.

Polo seguía examinándole.

—No me has entendido. Está aviado quien se atreva con la chica de Stevenson. El viejo es peligroso: un duro, un bicho del desierto, un grandote de los que te atizan sin avisar.

—De modo que si se encontrase algo contra la chica, ¿no serviría?

—No.

—¿En qué relaciones estás con Gus Mitchell?

El gordo demostró cierta sorpresa.

—¿Gus Mitchell? ¿Ese cerdo? Pues, ninguna.

—¿Ofreció él algo contra Stevenson?

—Que yo sepa, no.

Greene se aproximó a la mesa e hizo rodar las bolas con la mano. Cuando se detuvieron, dijo:

—Prueba esa, a ver.

Polo blandió el taco y proyectó su obesa humanidad contra el tapiz. Consiguió la carambola, pero al enderezarse, vio al detective ya en el extremo opuesto del local. Le despidió con una maldición.

Fuera, en la calle, Greene dio vueltas al cigarrillo entre sus dedos. Llevaba el sombrero echado atrás y arrugada la frente. Estaba pensando.

Al cabo de un momento tomó un taxi.

—A los Departamentos Fielding, Greenview Bulevar.

Los Departamentos Fielding formaban un bloque nuevo, gris y con un aire un poco como de presidio. En el vestíbulo, Greene se detuvo a leer los nombres de los inquilinos. Kenneth Byrne figuraba por la mitad: número 814.

Subió en ascensor hasta el piso décimo y descendió dos plantas a pie, por la escalera. En el pasillo del octavo se cruzó con una rubia digna de atención. Contuvo un silbido y esperó a que desapareciese. Luego sacó un manojo de pequeñas llaves, eligió una de forma especial y la introdujo sin vacilar en la cerradura de la puerta 814. Tuvo que probar dos llaves más antes de que la puerta se abriera.

No había en el departamento nada personal: ni documentos, ni cartas, ni fotografías, ni siquiera esas entradas de cine que uno se olvida por los bolsillos. Tampoco había periódicos viejos. Únicamente, junto al teléfono, un cuadernillo de direcciones.

Allí figuraba Nancy. Y acompañada: una June, una Mary, una Siena, una Donna, una Hertha y una May.

Greene sonrió. ¿Hombres? Tres números de teléfono distintos para Gus Mitchell. Uno para Mose Solomons. Greene dejó de sonreír. El número de Solomons no figuraba por la S, ni tampoco por la M, sino que estaba agrupado en una misma página con los de J. H. Heinlein, Thorstein Leslie, Richard Yorke y Samuel Keogh. Él no conocía a ninguno de estos cuatro, pero sí a Solomons: era un fotógrafo judío especializado en ilustrar calendarios y publicaciones «solo para hombres». Sus Mose Solomons Vanities —un dólar a reembolso— gozaban de cierta popularidad, sobre todo después de haber sido su autor procesado y absuelto de la acusación de inmoralidad pública.

Greene leyó dos o tres veces la página, preguntándose quiénes serían Heinlein, Leslie, Yorke y Keogh y qué relación tendría Byrne con ellos y con Solomons. Luego se echó al bolsillo el cuaderno de direcciones, dio una última mirada en torno y abandonó el departamento.

El estudio de Solomons estaba en Malvender Square y tenía un rótulo luminoso. Parado en la acera, Greene consultó su reloj. Era hora de cenar y, probablemente el fotógrafo habría salido, pero subió al estudio de todos modos.

Solomons no había salido. Fue él mismo quien abrió la puerta.

—¿Me recuerda? —preguntó el detective—. Me llamo Burton Greene.

Nos conocimos hace año y medio en Hollywood y usted me contó que sufre del estómago.

El judío iba en mangas de camisa, calzaba sandalias llevaba unos viejos pantalones de algodón.

—Lo cuento siempre —dijo—. ¿Qué desea?

—Hablarle de un amigo común. ¿Puedo pasar?

—Termino enseguida. Siéntese.

El fotógrafo encendió un foco y se colocó detrás de la cámara. Solo entonces vio Greene qué era lo que debía terminar. Abrió la boca. Se sentó, pero ya no apartó los ojos del ejemplar humano que posaba al fondo, sobre una tarima de un palmo de altura, con una piel de leopardo a modo de lecho. El ejemplar humano usaba grandes pendientes rojos, un brazalete rojo en la muñeca derecha y una ajorca roja en el tobillo izquierdo: no era mucho.

Solomons tiró dos placas y el ejemplar mudó de postura. Dos placas más. Nuevo cambio. Otras dos placas.

—Listo.

Greene suspiró profundamente. El ejemplar humano se había levantado y recogía de encima de una silla una bata azul. Solomons apagó el foco, se volvió y sacó del bolsillo de sus pantalones un paquete de tabaco.

—Bueno, ¿de qué amigo se trata? ¿Quiere un pitillo?

—De Kenneth Byrne.

Solomons se le quedó mirando fijamente.

—¿Quién le ha engañado? Kenneth Byrne no es amigo mío.

—Pero usted le conoce bien.

—Cerramos algún trato de vez en cuando.

—¿Qué clase de trato?

El ejemplar humano se aproximó lentamente. Tenía ojos felinos, un poco burlones. La ligera bata azul no estropeaba la obra de arte que la naturaleza había realizado con su figura.

—Invítame a fumar, Mose —dijo.

Solomons obedeció.

—Es Prudence Smith —explicó. Señaló a Greene—: Es alguien a quién parece que conocí en Hollywood.

Greene hizo un breve saludo.

—Hola. ¿Qué clase de tratos cierra usted con Byrne, Solomons?

—Me proporciona modelos.

El detective miró a Prudence Smith.

—¿Ella?

—No. Ella viene de la Agencia Adams. Otras.

—¿A comisión?

—Sí.

—¿De quién la cobra? ¿De las modelos? ¿De usted?

—De las modelos.

Greene hinchó los carrillos.

—No sabía que fuera esa clase de pájaro. Tenía entendido que trabaja como *croupier* en un club nocturno.

—¿Y qué? Es trabajo a propósito para tender el anzuelo. ¿Pasa algo raro con él?

—Levantó el vuelo hace unos días. Ando buscándole.

—Usted no es un policía.

—Soy un investigador privado.

—Yo... —Solomons se encogió de hombros—. Llevo como dos meses sin ver a Byrne. Temo que no podré ayudarle.

Greene sacó el cuaderno de direcciones.

—Quizá sí —replicó—. Él tiene aquí anotados su teléfono y sus señas. En la misma página están los de J. H. Heinlein, Thorstein Leslie, Richard Yorke y Samuel Keogh. ¿Quiénes son?

El fotógrafo reflexionó un instante.

—Thorstein Leslie es un dibujante publicitario. Los demás, ni idea.

Prudence Smith dijo:

—Yo conozco a Sammy Keogh. Ha sido empresario de un local de variedades, el Pacific Folies. Ahora es agente de unas pocas estrellas.

—¿Dónde podré encontrarle a esta hora?

—No sé. A lo mejor, más tarde, en el Mexicana Palace. Tiene un *ballet* actuando allí.

—Gracias. Otra cosa —Greene pasó rápidamente las páginas del cuaderno y fue leyendo en voz alta los nombres femeninos que figuraban en este. Preguntó—: ¿Qué me dicen de ellas?

Solomons retrocedió en silencio hasta la pared y regresó con una fotografía. La mostró al detective.

—Aquí tiene a Donna Kirby.

Greene frunció los labios como para silbar. Donna Kirby era un monumento, pero la clase de monumento que no puede labrarse en piedra ni fundirse en metal: para elevarlo se necesitaron huesos y carne. Los huesos, en la foto, no se veían.

—¿Fue una de las modelos que le procuró Byrne?

—Sí. La última.

—¿Y no conoce a las demás?

—Solo a Donna.

Greene miró a Prudence.

—Tampoco.

El detective se golpeó con el cuaderno la palma de la mano.

—¿Qué demonios pasa? ¿Combina Byrne los negocios con el amor? Estas muchachas, ¿son sus clientes? ¿Son sus amantes?

Solomons se encogió de hombros.

—Diga que para Byrne, negocios y amor significan lo mismo.

Greene hizo una mueca. La hizo porque estaba pensando en Nancy Stevenson. Luego tomó la fotografía de manos de Solomons.

—De modo que Donna Kirby. ¿Puede darme sus señas?

—Su número de teléfono.

—A ver.

El fotógrafo se lo dio. Era el mismo que figuraba en el cuaderno.

—¿Puedo llamar desde aquí?

—Llame.

Greene llamó. Donna no estaba en casa, había salido a cenar.

—¿Dónde cena?

La voz femenina que contestaba, dijo:

—En Charley's.

El detective averiguó dónde estaba Charley's, colgó el auricular y se despidió de Solomons.

—¿Qué tal si volviéramos a vernos? —le dijo a Prudence.

Ella le miró de arriba a abajo.

—Mal —respondió—. No es usted mi tipo. Los prefiero de esos de talonario de cheques.

Greene se marchó, preguntándose si Donna Kirby tenía los mismos gustos.

CAPÍTULO III

Greene se acercó a la mesa y dijo:

—Me envía Mose Solomons, el fotógrafo. Quisiera hacerle unas preguntas acerca de un amigo común. Si no he de estropearle la cena, por supuesto.

Ella le miraba con simpatía.

—¿Quién es usted?

—Un detective privado. Me llamo Burton Greene Burt para los amigos y amigas, y no he cenado aún.

—No invito.

—Yo, sí. No he caído tan bajo como otros. Y Charley's parece barato.

Donna sonrió.

—Siéntese.

Él se sentó y buscó con la mirada un camarero. A verlo, le hizo señá. Pidió un par de huevos, salchichas zumo de naranja y café. La muchacha, mientras, no despegó para nada los labios.

Luego, dijo Greene:

—El amigo es Kenneth Byrne.

Observaba a Donna, pero ella solamente pestañeó. Sus manos jugaban con una cucharilla.

—¿Sí?

—Necesito encontrarle.

—Vaya más tarde al Club Tropical. Es una lástima que haya perdido su tiempo y su cena.

—No, Byrne no está en el Club Tropical —Greene seguía observando a la muchacha—. No se sabe de él desde hace cuatro días.

—¿Quiere decir que se ha largado?

—Desaparecido, o algo así.

—¿Cómo demonios se le ha ocurrido venir en mi busca? —preguntó la muchacha, entonces—. Alguien habrá estado chismorreando acerca de Ken Byrne y de mí, ¿no?

—Simplemente: él tiene su nombre anotado en su cuaderno de direcciones. Solomons me dijo quién era usted.

—¿Y mi nombre no estaba tachado?

—No.

—¡Qué optimista!

—¿Se refiere a Byrne? Pues qué, ¿ha terminado el poema de amor entre los dos?

Donna se mostraba perfectamente tranquila.

—A Dios gracias.

—¿Lleva tiempo sin verle?

—Exactamente sin verle, desde el jueves por la noche. Sin dirigirle la palabra, un mes.

Greene contó con los dedos: lunes, domingo, sábado, viernes, ¡jueves! ¿Fue la noche del jueves al viernes cuando Kenneth Byrne acompañó a casa a su novia y se esfumó en el misterio!

—¿Dónde le vio ese día?

—En un *drugstore* de Lincoln Avenue. Comían emparedados de queso y bebían cerveza.

—¿Comían? ¿Cuántos eran?

—Dos, naturalmente: él y May Clarke.

May Clarke era otro de los nombres del cuaderno.

—¿Hora?

—Las tres de la madrugada.

—¿Quién cuerno es May Clarke?

Donna dijo desdeñosamente:

—Vaya al Club Tropical y pregúnteselo a Gus Mitchell.

Greene interrumpió la masticación de un pedazo de huevo.

—¿Cómo?

—¿Por qué no? Es Mitchell quien paga sus facturas.

—¿Y Byrne quien recibe sus favores?

—Se pirró por él. Estas cosas —la muchacha sacó el labio inferior— ocurren. Lo sé por experiencia.

El camarero se acercaba con las salchichas y un jarro de café. Greene terminó de engullir los huevos apresuradamente.

—Cuéntemelo todo desde que usted le conoció.

Donna estaba pensativa.

—Usted es un detective privado, dice. ¿Por cuenta de quién trabaja? ¿Qué es aproximadamente lo que ha pasado?

—¿Conoce a Nancy Stevenson?

—¿Esa tonta? Claro que sí.

—Trabajo para ella.

—Entiendo. Se atormenta por la ausencia de su querido Ken, y el dolor y la angustia la acongojan el alma...

—¿Por qué habla de Nancy con tanto sarcasmo? Donna echó la cabeza atrás y rio un poco.

—Tiene razón, debiera compadecerla. Pero no me compadezco ni a mí misma. Ella no ha pasado por lo que pasé yo —extendió una mano y la apoyó en el antebrazo de Greene. El gesto, sin embargo, ni era amistoso ni revelaba la menor confianza: la mano oprimía como un cepo—. Usted ha visitado a Solomons. ¿Vio en su estudio alguna foto mía?

—Sí.

—Pues dos meses atrás, yo era una chica decente aunque usted, después de ver la foto, no lo crea.

—Creo que sigue siéndolo.

La joven retiró la mano. Sus rasgados ojos adquirieron brillo. De pronto, los cerró.

—Gracias —dijo—. Es el viejo folletín. Vine a Los Ángeles desde Corpus Christi. Texas, con la ilusión de debutar en el cine. Nada, ni un contrato. Tuve que colocarme de camarera en un bar para poder comer, y un día entró a beberse una copa Ken Byrne. Así empezó. Él sabe muy bien lo que quiere de las mujeres y cómo conseguirlo. Me abrió un camino. Claro, yo me enamoré, supongo que todas se enamoran. Mose Solomons fue inmediatamente la primera etapa. Byrne se quedó con el diez por ciento, pero incluso así era dinero fresco y abundante y la promesa de que habría a continuación una agencia de publicidad, y hasta la pista de un club nocturno. Y las hubiera habido, probablemente, porque sé que, con Byrne, las hubo para otras. Lo malo era que yo le amaba y que a mí manera, tenía cierta dignidad. Cuando apareció May Clarke se acabó todo. Un estropicio. ¿Sabe lo que hago ahora?

—No.

—Copias a máquina, como en mi pueblo.

—Es una lástima —dijo suavemente Greene—. Pero ¿cómo y por qué se mezcló en eso May Clarke? ¿También ella quería un contrato en Hollywood?

—No sea tonto: Gus Mitchell es mejor que un contrato. Solo que se encaprichó de Ken y se volvió loca. Empezó a protegerle. Iba a hacer de él un pez gordo, pero exigía a cambio la exclusiva, y Ken se la concedió. No perdía mucho, debió de pensar. Entonces me dio la patada. En el fondo... se lo agradezco.

—¿Qué le pareció el asunto a Gus Mitchell?

—No se enteraría.

—Tarde o temprano, sí. ¿Es celoso?

—No le conozco. Le vi una vez nada más.

Greene bebió un sorbo de café entre salchicha y salchicha.

—¿Qué tiene Kenneth Byrne para las mujeres? —preguntó—. ¿Acaso les da algún filtro?

—Tiene veneno. Yo no sé... imagino que a ustedes, os hombres, les ocurre lo mismo con nosotras... Una comprende que se está perdiendo, que la están engañando, que se están burlando de ella, y sin embargo, se resigna. El daño es grande, y una lo siente, lo ve; pero perderle a él es un daño más grande todavía. Puede que sí —Donna inclinó la cabeza—; puede que sea como beber una especie de filtro.

El detective la miró con asombro.

—He visto un retrato de Byrne. Es así, un tipo corriente, con cara de

fatuo y aire presumido...

—No, ya me doy cuenta. Es imposible explicarlo, y menos a otro hombre.

—¿Y qué hay de la cuestión de Nancy Stevenson?

Donna agitó la mano como si espantara una mosca.

—Bah, ella nada. Vive en las nubes. A Ken le da mucho tono exhibirse a su lado por ahí.

—Nancy pretende casarse.

—Muy bien, tanto mejor para todos. Casado o no, Ken es Ken. ¿Supone que a May, por ejemplo, le daría un ataque el día de la boda?

—Es decir, que él continuará con la misma o parecida vida.

—Si se casa. Falta verlo.

—Pero esa muchacha, Nancy, es una tentación —dijo el detective. Había terminado las salchichas—. Ingenua, bonita, enamorada, con dinero... La presa ideal para un angelito como Byrne, o como Mitchell, su patrón. ¿Me hará creer que nadie ha aprovechado la ganga?

—¿La ganga, de qué?

—Digamos de un chantaje.

—¿Usted no conoce al senador Stevenson?

—De referencias.

—Pues es su padre. Intente usted algo contra él y dispóngase a cavar su propia tumba. Los angelitos como Byrne o como Mitchell no se dedican a la caza de fieras. Tienen demasiados intereses que defender. Un paso en falso, y hala, el tinglado que se derrumba, ¡y cualquiera vuelve a levantarlo!

—Hay algo que me gustaría saber.

—¿Qué es?

—Si May Clarke y Byrne le preparaban a Mitchell alguna jugada.

—Lo ignoro.

—O si Mitchell es capaz de haber expulsado a Byrne de la ciudad, o hasta de haberle expulsado de este mundo, al descubrir lo del lío con su paloma. Hay gente susceptible.

—Le he dicho antes que vaya al Club Tropical. Pregúnteselo a Gus directamente.

El detective titubeó.

—Esa noche que usted vio a la pareja en un *drugstore*, ¿notó en ellos algo raro?

—Nada.

—¿Se quedaron allí?

—Se fueron antes que yo.

—¿En coche?

—En el de ella.

Greene articuló, como para sí:

—Quién sabe si huyeron juntos —apuró de un trago su zumo de naranja—. ¿Dónde vive May Clarke?

Donna le miraba fijamente.

—En una casita roja de Barbary Terrace. No sé el número, pero es inconfundible: una casita roja con hiedra. Se llega a Barbary Terrace por Laurel Canyon Drive!

—Gracias —dijo él.

Llamó al camarero y pagó las dos cenas. Cuando se puso en pie, la muchacha fumaba un cigarrillo. A Greene le dolió abandonarla. Tenerla al lado, era una suerte de compensación para todo lo que en la vida había de sucio y miserable. Bastaba contemplarla un minuto para respirar con mayor amplitud.

—Sé su número de teléfono. ¿Qué le parece si añadimos las señas?

Ella expelió calmamente dos chorros de humo por la nariz.

—¿Cómo dijo usted que se llamaba? ¿Burton Greene?

—Sí.

—Me encontrará en el hotel Madison, ahí, a la vuelta de la esquina, al comienzo de la calle.

Greene suspiró. Sentía en la boca del estómago un cosquilleo absurdo. Hizo una mueca.

—Y si descubro que Kenneth Byrne ha muerto, ¿qué?

—Nos iremos de juerga para celebrarlo.

—Es usted extraordinaria.

La muchacha se encogió de hombros.

—Eso decían en mi pueblo. Adiós, señor Greene.

Al salir del restaurante, el detective consultó su reloj. Las probabilidades de que, a aquella hora, May Clarke no estuviera en casa, eran diez contra una. Suponiendo que Mitchell siguiera pagando sus gastos. ¿O era mucho suponer?

Tomó un taxi y se hizo llevar a Barbary Terrace. Estaba lejos, pero Nancy Stevenson corría con la cuenta.

La casita, en efecto, era inconfundible: roja y con hiedra a la luz de la calle. Las ventanas, a oscuras.

—Espere aquí —dijo Greene al taxista.

Se apeó, empujó la cancela, atravesó el diminuto jardín y llamó. No le contestó nadie. Era como un cuento de hadas: una casita roja y con hiedra, abandonada, silenciosa, cuya puerta nunca se abría.

Greene abrió aquella puerta.

No fue rubia, sino pelirroja. La habían metido en la bañera, vacía de agua, antes de que su bellissimo cuerpo empezara a descomponerse. Arrugado debajo de ella se entreveía un peinador de nylon color verde Nilo, que era seguramente lo que vestía cuando murió.

Cubriéndose con un pañuelo la nariz, Greene corrió al teléfono, que

estaba en el *living*. Llamó al Departamento de Policía.

—¿Quién es usted? —le preguntaron, tras escuchar su denuncia.

—Edgar Hoover —repuso—, jefe del FBI.

—¡No se mueva de dónde está!

Greene colgó bruscamente el aparato.

Salió por la ventana y se detuvo un momento en el jardín, para cobrar fuerzas. Los huevos y las salchichas pateaban un *be-hop* en su estómago.

—¿Adónde? —inquirió el taxista.

—A cualquier sitio donde pueda beber.

Necesitaba mucha ginebra. Sola.

CAPÍTULO IV

Serían las once o cosa así cuando la pequeña orquesta mexicana fue relevada en el tablado por tres negro que tocaban la guitarra, el piano y el bajo y cantaban con voz quejumbrosa. Nadie había bailado con la orquesta, y nadie bailó ahora tampoco.

—Sola —dijo Greene, cuando el *barman* le preguntó si añadía soda a su ginebra—. Sola, y eche un poco más.

Las columnas del local simulaban troncos de palmera, y había monos y cocodrilos pintados por las paredes que casi no se distinguían en la media luz. Las salas de ruleta estaban únicamente separadas por una cortina. El Club Tropical limitaba a ellas todo su atractivo.

Dos hombres de buena estatura, vestidos de gris, que conservaban el sombrero puesto, hablaban con otro enfundado en un *smoking*: un tipo de un metro sesenta gordito, bonachón, con aire de humilde tendero de barrio, a quién el *smoking* sentaba como un disfraz. Desde lejos no se notaba que su aire de tendero era falso, que su sonrisa era increíblemente fría e increíblemente duros sus ojos. Porque aquel hombre era Gus Mitchell toda una potencia en la vida secreta de la ciudad.

Los otros dos eran policías: el teniente Shappiro y el sargento Rugues; Greene los conocía bien.

Cuando Shappiro y Hugues se despidieron, el detective depositó un billete sobre el bar y echó a andar a través del salón con el vaso en la mano. Mitchell, junto al estrado, se disponía a abrir una puerta que conducía a las dependencias interiores del club. Vio a Greene y se detuvo. La afabilidad que dedicó a los policías se había esfumado en su rostro.

Greene dijo:

—De modo que ya le han dado la noticia. Una delicada atención por parte de los muchachos, ¿no cree?

Mitchell sacó del bolsillo una pastilla de chicle, la desenvolvió cuidadosamente, se la metió en la boca y empezó a mascar. Sus ojos perforaban al detective.

—¿Noticia? —repitió—. ¿Qué noticia?

—May Clarke está pudriéndose. Lleva pudriéndose quizá cuatro días. Es raro que usted no la haya echado de menos.

Mitchell movía rítmicamente las mandíbulas.

—¿Cómo lo sabe?

—Se descubrió hace más de dos horas y he visto al teniente Shappiro aquí. May y usted se adoraban: he atado cabos. Y repito que es raro que no la haya echado de menos.

Mitchell dijo entre dientes:

—Lárguese, Greene, ¿o no se llama Greene? Lárguese o le echarán. Nadie le ha dado vela en este entierro.

—Puede que sí.

—¿Quién?

Greene levantó el vaso y se lo llevó a los labios.

—¿Tampoco ha echado usted de menos a Ken Byrne?

Las mandíbulas de Mitchell se inmovilizaron de pronto. Abrió la puerta de un empujón.

—Pase.

La oficina privada de Mitchell estaba decorada por alguien que conocía su oficio. Mitchell pasó al otro lado de la mesa y se sentó. Encima de la mesa tenía orquídeas, una carpeta, dos teléfonos, una cesta metálica para cartas y poca cosa más. Sentado, parecía más alto.

—Adelante —dijo—. ¿Dónde está Byrne?

—Eso es lo que he venido a preguntarle yo.

—No me gusta jugar a los despropósitos. ¿Qué ha insinuado ahí fuera? ¿Qué Byrne le enviaba? Es usted una especie de detective barato, ¿no? Bueno, ¿le ha contratado él? ¿Para qué?

—No me ha contratado Estoy buscándole por cuenta de otra persona.

—¿Qué persona?

—Otra persona. Byrne desapareció el jueves por la noche. Trabajaba en esta pocilga, así que venir y hacer preguntas podría haber sido una pesquisa rutinaria.

Mitchell no disimulaba su recelo.

—¿Podría haberlo sido nada más? ¿Quiere decir que no lo es? ¿Qué demonio le pasa, Greene?

—A mí, nada. Pero alguien degolló a May Clarke, su pelirroja.

—Siga.

—¿No se pone triste?

—¡Siga!

—Muy bien. Su pelirroja —Greene se inclinó hacia delante y depositó en la mesa el vaso que todavía conservaba— se entendía con Byrne. Los celos son un sentimiento muy peligroso. Digamos, en lugar de celos, dignidad ofendida, o lealtad burlada: para el caso da igual. Y el caso es que May Clarke ha muerto, y Byrne ha desaparecido. Por eso estoy yo aquí, ¿comprende, Mitchell?

—No —Mitchell pronunció el monosílabo como una breve explosión.

—La desaparición de Kenneth Byrne era un misterio. Ahora, visto lo que le ha pasado a la chica, ya no lo es.

—¿Me acusa a mí?

—Sí.

—¿Y qué?

—Diez mil pavos por quedarme quieto.

Mitchell emitió una risa ahogada, aunque no hubo ni asomo de alegría en sus ojos o en sus labios.

—Diez mil narices, Greene —replicó—. Ignoro lo que ha sido de Byrne. En cuanto a May, el mismo jueves la despaché. Dijo que se iba por una semana a Las Vegas para olvidar. Me pareció estupendo. Pregúntele al teniente Shappiro: ha localizado ya a la sirvienta de May y sabe que May la despidió porque cerraba la casa y se iba a Las Vegas. Esto es todo, aunque a usted no le guste.

—¿Usted despachó a May?

—¿No lo ha oído?

—¿Por qué? ¿Se enteró acaso de que jugaba a novios con sus *croupier*?

—En efecto —con la lengua, Mitchell se cambió de lado la goma de mascar—. Lee usted demasiadas novelas románticas, Greene. Cuando una muñeca del estilo de May empieza a hacer el tonto, la envía uno al cuerno y se busca otra. Las hay a docenas para quien pueda pagarlas. No es necesario armar una carnicería, por más que usted y las colegialas sentimentales imaginen que sí. Es decir, suponiendo que todavía existan colegialas sentimentales.

—Sin embargo —añadió—. May se había propuesto convertir a Byrne en un gran personaje, y el medio que tenía más a su alcance era pisarle el terreno a usted. Déjese de novelas románticas: yo no leo más que los chistes de los periódicos. Pero si Byrne, de acuerdo con May, le hizo a usted una trastada gorda y se las piró, y si usted pudo cazarla a ella en el último instante, apuesto a que su conciencia no le reprocharía el empleo de un cuchillo candente para obligarla a cantar. Que May muriese significa, o bien que cantó y era preciso que no siguiera cantando para oídos ajenos, o bien que la trabajó una mano que la dejó en el sitio.

Mitchell preguntó calmosamente:

—¿No ha probado usted nunca a ofrecerse como guionista en Hollywood? Yo podría recomendarle. Ganaría dinero.

—Quizá gane más sin moverme de aquí.

Mitchell hizo un gesto pesadoso.

—No, Greene, lo siento mucho. Aquí no se paga en dinero a los charlatanes. Ofrézcame algo sólido, algo que tenga valor como prueba, y se lo compraré. De lo contrario, buen viento.

Greene enarcó las cejas.

—No está mal. Por una prueba contra usted, ¿cuánto? ¿Diez mil?

—No existen pruebas contra mí. ¿Son diez mil pavos lo que quiere?

—Es solo una cifra.

—Perfectamente —en las pupilas de Mitchell ardía ahora una luz rara—. Le daré los diez mil si me trae a Ken Byrne.

—Luego, en mi guion de cine, hay algo de realidad.

—No hay nada. ¿Está usted ciego? Toda la policía de la ciudad corre ya sobre la pista de Byrne. Me interesa, simplemente, conversar en privado con él antes de que le envíen a la cámara de gas.

Greene abrió la boca.

—¡Cuerno! ¿Van a colgarle el asesinato?

—Basta de monsergas. Sabe de sobra que fue él quien lo cometió.

—¿Cómo se ha enterado la policía de las relaciones de Byrne con May Clarke?

—Yo sé lo he dicho a Shappiro hace un momento. Sin ganas, pero no me quedaba otro recurso. Le debo a Shappiro algunos favores.

El detective, pensativo, se pellizcó el mentón. Miraba a Mitchell y se preguntaba qué habría en el fondo de todo aquello. Mitchell se descargaba el mochuelo acusando a Byrne, claro que sí; y sin embargo, ¿no era lógico que este hubiera desaparecido la noche del jueves al viernes solamente porque mató a May y ponía los pies en polvorosa? ¿No explicaba esto el misterio? ¿No estaba ya la cosa resuelta?

Greene dijo:

—Sugírame algo, un cabo para deshacer el ovillo, un indicio, un trampolín. Si espera que trabaje para usted, ha de ser sobre una base.

—No espero que trabaje para mí.

—¿Y los diez mil pavos?

—Son un recurso para librarme de su presencia.

—Ya —murmuró el detective. Recogió el vaso—. Es una lástima, porque esta entrevista hubiera podido resultar la mar de agradable para los dos. Pero yo no creo que Byrne matara a May.

—¿Y pues?

—Diga lo que diga la fábula, un hombre no mata su gallina de los huevos de oro —Greene retrocedió y abrió la puerta de la oficina—. Hasta más ver, Mitchell. Cuídese.

Cuando el hombre desapareció, Greene pagó su segunda ginebra y volvió a llevarse el vaso medio lleno.

Esta vez se dirigió a las cortinas que ocultaban la entrada a la sala de ruleta, las apartó y pasó. Nadie le puso traba ninguna.

Había entre cincuenta y sesenta personas, la mar de gente. El detective las estudió una a una. Frunció el entrecejo. Sentada por la mitad de una de las mesas, vio a Nancy Stevenson, y verla allí le desagradó. Su instinto le avisaba de que algo debía funcionar mal.

Y algo funcionaba mal, lo comprobó enseguida. Se aproximó a la mesa. Nancy no era la muchacha fría y de ojos remotos que conociera aquella tarde. Su cuerpo estaba en tensión. Movía nerviosamente las manos. Pero sobre todo, en sus pupilas ardía una extraña luz, un fuego irracional, una cosa que hacía pensar en que ella estaba sufriendo y gozando a la vez. Greene observó que tenía al lado un vaso casi vacío. Observó también que

loapuraba de un sorbo y, por señas, llamaba imperiosamente a un camarero. El camarero le renovó el vaso. Ella, entonces, se hallaba pendiente del giro de la bola en la ruleta, pero bebió con un movimiento automático. Cuando la ruleta se detuvo, echóse atrás. La expresión de su cara decía mucho, aunque el detective hubiera preferido que no dijese nada.

Nancy vació de nuevo el vaso. Llamaba otra vez al camarero cuando Greene fue hacia este y le detuvo.

—No le sirva más.

El hombre se amoscó.

—Oiga...

Nancy había descubierto al detective y le miraba perpleja. El soltó el brazo del camarero y se le acercó. Los dedos de la muchacha acariciaban un montoncito de fichas.

Greene dijo:

—Levántese. Nos vamos.

—¿Por qué?

—¿Gana o pierde?

—Pierdo un poco.

—¿Cuánto?

—Mil doscientos.

—¿Ha pagado las fichas?

—No.

—¿Lleva encima esa plata?

—No.

El *croupier* anunció desde el extremo de la mesa:

—¡No va más, señores! ¡No va más!

La ruleta giraba.

—Lo que sí lleva encima es una trompa como un piano —dijo el detective—. ¿A qué cuerno ha venido? ¿Esperaba encontrar a su querido Ken?

—Déjeme en paz.

El añadió:

—He dicho que nos vamos.

La asió del brazo y la obligó a levantarse. A un lado y otro, la gente no atendía sino al rodar de la rueda y de la bola. En otra mesa reía históricamente una mujer.

Nancy se tambaleó ligeramente y recobró el equilibrio apoyándose en el pecho del detective. Un rizo le caía sobre la frente. Llevaba un vestido blanco, con encajes, que dejaba desnudos su garganta y sus hombros. Un cálido y perfumado efluvio transcendía de ella. Greene la sostuvo ante sí y la miró cara a cara.

—Es usted una niña tonta. Seguro que una buena azotaina resolvería

gran parte de sus problemas.

La muchacha hizo un mohín.

—¿Por qué no me la da, entonces?

—Todavía no he dicho que no se la dé. Vámonos.

—Aguarde... Tengo que hablar con Otto.

—¿Quién es Otto?

—El cajero.

Otto tenía unos dedos como tentáculos de pulpo, aunque las canas le infundían un falso aire de respetabilidad.

—Nada, no se preocupe —dijo. Su sonrisa rezumaba miel—. Aquí queda su pagaré, señorita Stevenson, ¡no faltaría más! Si le negamos a usted el crédito de la casa, ¿a quién íbamos a dárselo? ¿Se ha divertido?

—No —repuso Nancy.

Cambió por monedas las fichas que le quedaban y, conducida del brazo por Greene, recogió del guardarropa su chal. Guardaba silencio. Salieron a la sala de baile y el detective dejó su vaso en el bar. Luego continuaron hacia la puerta.

Fuera, en la calle, aguardaba el hombre calvo. Se quedó quieto, en la sombra, arrimado a la pared, al ver a Nancy. Greene, llevando a la muchacha enlazada por la cintura para sostenerla bien, pasó casi a su lado. Nancy canturreaba.

Como diez metros más allá había otros dos hombres, figuras apenas visibles en una zona de tinieblas.

—¿Ha traído su coche? —preguntó el detective.

—Ujú —asintió Nancy.

Fueron al parque de estacionamiento. Allí estaba el cupé lujoso. Greene abrió la portezuela y metió dentro a la muchacha. Luego se dispuso a entrar él por el otro lado.

Entonces oyó un ruido.

Una pesada mano se apoyó en su hombro y le obligó a volverse. Algo duro le pegó brutalmente en plena cara.

CAPÍTULO V

Eran dos: los dos a quienes viera parados en la oscuridad; pero detrás de ellos, sin intervenir, estaba el hombre calvo. Uno le había golpeado con el puño cerrado en torno a un objeto sólido que le añadía peso y fuerza. El otro se disponía a imitarle.

Greene no preguntó quiénes eran ni qué querían: ¿para qué? Ciego de furia por el dolor, se agachó un poco y apresó la mano que el hombre apoyaba en su hombro. Dio un rápido giro. El golpe del segundo hombre falló. El primero pronunció una blasfemia y se abandonó al impulso del detective para que este no le rompiera el brazo. Greene le volteó. El hombre cayó de espaldas, pataleando, y su corpachón hizo un ruido como el de un saco de arena.

El segundo hombre golpeaba de nuevo, y no falló esta vez. Empuñaba una cachiporra. Le atinó a Greene en el cuello, un impacto como la explosión de una granada. Greene protegió su rostro. Otro golpe en el antebrazo, otro en las costillas. Se quedó sin aliento.

Una voz, la del hombre calvo, dijo:

—Suavemente.

El que había caído a tierra, le agarró al detective los pies y le derribó. Se le sentó encima. Su puño, reforzado, descargó sobre su nariz. Greene sintió como si fuera a morir por aquel golpe. Inmediatamente, el de la cachiporra le sacudió en mitad del cráneo. Por delante de los ojos del detective, se extendió una a modo de cortina de niebla.

Entre la niebla apareció la extraña cara del calvo.

—¿Sabes para qué son estas tortas, muñeco? —preguntó.

Tenía un sistema de hablar seseante, y salpicaba saliva. Greene le contestó con un epíteto de tres palabras. El hombre le dio una patada en el costado. Luego añadió:

—Son para que entiendas que Gus Mitchell es un mal enemigo. Enseguida habrá más.

Greene tenía a uno de los gorilas sentado en la boca del estómago. El otro aguardaba con la cachiporra a punto.

—Gus Mitchell me era indiferente —dijo el detective—. Pero, malo o bueno, será mi enemigo a partir de ahora. Toda una tragedia. Su dialéctica y la mía no encajan. Nunca me ha gustado que me cepillen a contrapelo.

El calvo sonrió.

—Así va bien. Zumbarle a un testarudo es estupendo hizo una seña—. Hala, Eddie.

Cuando Eddie, el de la cachiporra, reemprendió el trabajo, Greene

había recobrado parte de sus fuerzas. Se contorsionó, cazó al que tenía sentado encima y le atrajo hacia sí en el instante en que la cachiporra bajaba. El hombre la recibió en un hombro y empezó a jurar. Se debatía como un gato rabioso. Pero Greene, tendido boca arriba debajo de él, consiguió aplicarle una presa de cuello. Apretó. El hombre dejó bruscamente de jurar.

—¡Aparta, idiota! —exclamó Eddie.

Él no estaba para apartarse ni para nada que no fuera salvar la vida, porque el férreo brazo de Greene le cortaba la respiración. Eddie lo notó y la emprendió a golpes, enloquecido. El detective, de pronto, soltó a su víctima, medio asfixiada, la empujó contra Eddie, se hizo a un lado y se levantó.

El calvo tenía en la mano una pistola.

—No estropeemos la fiesta, muñeco —dijo.

Greene dio un salto, y luego otro. Consiguió guarecerse detrás del cupé sin que el calvo hubiera disparado. Desembarazándose de su camarada, con el que se le enredaban los pies, Eddie se lanzó en su persecución. Pero a Greene no le importaba estropear la fiesta, sino al contrario. Se llevó la mano a la axila y sacó un «Smith 38». Hizo fuego cuando Eddie rodeaba el coche: sin mala intención, apuntando bajo. Sonó un estampido, y Eddie chilló y se precipitó a tierra de bruces, con los brazos abiertos. La bala le había hecho polvo un peroné.

—¡Tú, melenudo! —llamó el detective—. ¿Qué te parece? ¿Seguimos?

El calvo era prudente. Estaba solo y un poco asustado, de modo que buscó la protección de los automóviles y, en lugar de responder al desafío, retrocedió hacia la calle y desapareció.

El cañonazo del «38» haría acudir a los importunos como hace acudir a los peces de colores una miga de pan arrojada a un estanque. Eddie gemía lastimeramente. Greene se inclinó sobre él, le asió del cuello de la chaqueta y le arrastró hasta acostarle encima de su compañero. Este respiraba estertorosamente y parecía haber perdido toda su belicosidad. Eddie dijo cosas acerca del detective y su familia, pero él, nada.

Greene abrió la portezuela del cupé y se sentó al volante. Nancy estaba allí, rígida, con el envaramiento típico de los borrachos. Se volvió a mirarle mientras el detective tiraba del *demarré* y sacaba el coche del aparcamiento. Sus ojos brillaban.

—¿Un petardo? —preguntó.

Greene embragó. Algunas personas doblaban la esquina del club, pero no se oía ningún silbato, que era lo importante. El cupé salió como una flecha y partió calle arriba.

Nancy volvió a hablar:

—¿Ha matado a alguien?

—No.

—¿Peleaba por mí?

—¡Qué cuerno! —exclamó el detective—. Peleaba por su dinero, paloma. Y gracias por la ayuda que me prestó.

Ella extendió la mano y le palpó los músculos del brazo. Sus dedos recorrieron suavemente el bíceps y se detuvieron en la articulación del codo.

—Es usted muy fuerte —suspiró—. Ya lo noté esta tarde. Apuesto a que es el hombre más fuerte y más duro que he conocido. Estaba segura de que se desharía de esa gentuza sin dificultad, y por eso me quedé quieta aquí... admirándole...

—¿Vio al calvo? ¿Le conoce?

—Sí.

—¿Quién es?

—Uno que se llama Mike Marsh. Gus Mitchell le emplea para que le resuelva líos con borrachos, líos que pierden y no pagan, y otros así.

—¿Otros como yo?

—No sé lo que ha pasado con usted. Oiga.

—¿Qué?

Greene volvió a ella los ojos. Vio sus húmedos labios entreabiertos, y los hombros, y el vestido blanco y, en fin, todo. Dijo secamente:

—Disimula usted muy bien su verdadera personalidad. Esta noche he descubierto cosas que cuando usted vino a mí oficina me parecían imposibles. Por ejemplo, que sea la novia de una basura como Kenneth Byrne... o que se líe a perder a la ruleta lo que no tiene... Soplar le gusta un rato, ¿no es así? Siempre ocurre igual con las personas a quienes el alcohol saca de quicio.

—Olvídese de eso ahora —la mano de Nancy ejerció sobre el brazo del detective una ligera presión—. Olvídese también de Ken.

—Cubro por no olvidarle.

—¡Demonio! ¿No sabe hablar más que de dinero? ¿De qué está usted hecho, Greene? ¿De amianto?

El redujo la velocidad del coche y lo aproximó a la acera.

—¿Qué quiere?

Nancy articuló:

—Que me bese.

Greene soltó una mano del volante y apartó la de ella de su brazo. Pero la muchacha enderezó el cuerpo, se volvió un poco y, antes de que él pudiera impedirlo, apresó su cabeza y le besó. Greene no hizo el menor movimiento, permaneció pasivo, ajeno, como una estatua.

—Oh —susurró ella, al soltarle—, ¡es usted odioso!

El detective se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Usted no me contrató para ser otra cosa. Tiene todavía mucho que aprender de los hombres, preciosa: no todos vivimos como Kenneth Byrne,

a lo *gigoló* de postín.

Nancy gimió como si la hubieran pinchado. Repentinamente, le dio a Greene una bofetada. Y otra. Intentó arañarle. Él la cogió por las muñecas y la inmovilizó. La muchacha jadeaba. Tenía el rostro arrebolado y lágrimas en los ojos.

Greene dijo:

—Me preguntó antes por qué no le daba una azotaina, ¿recuerda? Bueno, ahora es la ocasión.

Retuvo las muñecas de ella con una sola mano y, con la otra, le aplicó un revés que sonó como el chasquido de un látigo. Uno solo. Nancy lanzó un grito ahogado y semejó desmoronarse. Cuando el detective la soltó, rompió a sollozar. Así, entre sollozos, se trasladó al extremo más lejano del asiento.

Greene encendió un cigarrillo. Esperó.

—¿Dónde vive usted? —preguntó más tarde.

La joven no contestó.

—¡Digo que dónde vive!

—En el 609 de Seaview Bulevar.

La respuesta había sido un murmullo. Greene dio nuevamente gas y el cupé reemprendió la marcha. Los sollozos cesaron.

El Seaview Bulevar nacía al otro lado de Los Ángeles. Greene condujo en silencio, pensando si alguien, en el aparcamiento del Club Tropical, habría reparado en la placa del coche y dado aviso a la policía, o si lo habría hecho Mitchell, o si no lo habría hecho ni lo haría nadie. Fuera como fuese, nada ocurrió.

Nancy se estaba quieta, encogida sobre sí misma. Su respiración regular indicaba que se había dormido. El detective la miró un momento y una vaga sonrisa aleteó en sus labios.

El número 609 correspondía a una de las más grandes y fastuosas residencias del bulevar. Greene detuvo el coche. Algo más abajo, el mar rompía contra un pequeño promontorio que abrigaba una cala arenosa. La casa se alzaba detrás de una verja, al fondo de un jardín. En ella había luces.

Greene hizo sonar el claxon y la puerta de la verja se abrió sola. La de la casa estaba abierta también, bajo un porche. Una figura enjuta aguardaba en el umbral. Era un criado filipino.

El detective se inclinó hacia Nancy y la zarandéo.

—Eh, despierte. Hemos llegado.

La muchacha continuó durmiendo.

—¡Despierte!

Nada. Nancy emitió un murmullo ininteligible.

Greene se apeó del coche, abrió la portezuela del lado de ella y la tomó en brazos. Instintivamente, la joven se arrebujó contra su pecho. Ahora

que la expresión ávida y como alucinada que le daba el alcohol se había borrado de su rostro, parecía mucho más bonita, suave, casi infantil. Era de nuevo la muchacha delicada y de clase que aquella tarde había conocido él en su despacho.

Greene dijo:

—Les traigo esto. ¿Dónde lo pongo?

Entonces observó que alguien más se hallaba presente. El grande y aparatoso vestíbulo tenía a la derecha una puerta de madera labrada. En su quicio se apoyaba un hombre alto, apuesto, con cierto aire así a lo John Wayne. Vestía pantalones de franela gris y una camisa deportiva que, entreabierta, dejaba ver su torso velludo. Fumaba en pipa.

—Avisa a Esmeralda, Juan —dijo fríamente.

El filipino cerró la puerta de entrada y echó a andar. Apenas había dado tres o cuatro pasos, no obstante, cuando Nancy abrió los ojos y lanzó una risita burlona.

—No es necesario avisar a nadie, senador. Estoy bien. Puro teatro.

El criado se detuvo y miró al hombre en demanda de instrucciones. Con la misma frialdad que antes, el hombre añadió:

—Prepara el amoníaco.

Greene soltó a la muchacha y apartó los brazos. Nancy cayó sentada al suelo. Por un momento se quedó allí, atónita, con la falda arrugada y el chal en bandolera. Semejó a punto de protestar, pero concluyó levantándose en silencio. Se sacudió el vestido y se echó atrás los rizos que le caían sobre la frente. Se bamboleaba, aunque poco.

—Este es el señor Greene, senador —dijo—. Un tipo recio, de los que nos gustan a ti y a mí. Siempre tuve la ilusión, ¿sabes? de que un hombre tan fuerte como él me trajera a casa en brazos.

—¡Vete a la cama!

—Sí, senador.

Nancy se dirigió a la amplia escalera de mármol que había al fondo. Desde el primer peldaño se volvió aún y le dedicó a Greene una sonrisa.

El detective preguntó:

—¿Es usted el padre de esa joya? ¿Uno a quién llaman senador Stevenson?

El hombre se había metido la pipa en la boca y le examinaba sin gran interés. Asintió.

—¿Le ha puesto ella la cara así?

Greene se tocó la cara. Notó magulladuras y sangre seca. La sangre le había brotado de la nariz, cuando se la trituraron el calvo y sus amigos.

—Indirectamente.

—¿Qué es usted? ¿Un paladín del sexo débil? ¿Un filántropo? ¿Un cazadores?

—Un detective privado.

El senador enarcó las cejas como John Wayne.

—¿Qué ocurre?

—Su hija me contrató esta tarde.

—¿Para que la trajera a casa por las noches?

—Para que encontrase a Kenneth Byrne.

Stevenson señaló con la boquilla de la pipa la puerta en cuyo quicio se apoyaba.

—Pase.

Sin pronunciar palabra, el senador llenó dos vasos y le tendió uno. El detective dijo:

—¿Qué quiere? ¿Le sorprende lo de Byrne?

—Ni pizca.

—¿Sabe que las relaciones de su hija con él continuaban?

—¿Por quién me ha tomado? Claro que lo sé.

—¿Sabe que Byrne ha desaparecido?

—Sí.

—Pero ¿usted consentía esas relaciones?

CAPÍTULO VI

El senador contempló su *whisky* al trasluz.

—Creo conocer a mí hija —dijo—. Es como yo; mordemos cuando nos pisan la cola. Si no la hubiera apartado a la fuerza de Byrne, ese asunto habría concluido hace ya tiempo. Cometí un error, ¿está enterado?

—La alejó de aquí.

—Eso es. Bueno, pues luego lo pensé mejor y rectifiqué. He dejado que las cosas se resuelvan solas. Como todos los Stevenson, Nancy se pirra por soplar y porque le procuren emociones fuertes. También se pirra por los hombres. El Byrne ese no es un hombre, es un papanatas: ella hubiera terminado por darle el gran puntapié, apuesto el cuello.

—¿Y mientras tanto?

—¿Qué?

—¡Cuerno! ¿No era peligroso soltarle las amarras a la chica? No es más que una mocosa, el estilo de mocosa que abre el apetito a tíos como Byrne o como Gus Mitchell, su patrón. Y usted ocupa en política una posición tentadora.

Stevenson sonrió como John Wayne cuando juega una partida de póquer y su rival apuesta el resto.

—¿Le ha contado ella que a Byrne le pegaron una paliza?

—No.

—Se la pegaron mis chicos a poco de que Nancy regresara. Para según quién, una paliza es mejor que un consejo, ¿comprende?

Greene hizo una mueca.

—Gus Mitchell opina como usted —probó el *whisky*, e inmediatamente apuró el vaso de un trago—. Solo que a veces no acierta con la persona: le falla la psicología. ¿Qué dirá si le pido más de eso?

—Queda todavía media botella —dijo el senador. Le cogió el vaso de la mano y volvió a llenarlo—. ¿De modo que es Mitchell quien le ha zumbado? ¿Por qué?

—Fui a acusarle de haber matado a Byrne y a una muchacha llamada May Clarke. Le pedí diez mil pavos por cerrar el pico y no moverme: una baladronada, claro; una especie de sonda. Rebatí mi teoría con la de que era Byrne quien había matado a la Clarke y luego puesto pies en polvorosa, que es, hasta el momento, la teoría que la policía ha adoptado. Parece bastante lógica, pero le dije que no, que no lo creía así, que la gente no mata su gallina de los huevos de oro. A Mitchell, que me había ofrecido los diez mil pavos si le encontraba a Byrne antes de que le echaran mano los guardias, no le gustó oírme. Envié tras de mí a Mike Marsh, su

representante diplomático, con dos gorilas. Entablamos coloquio cuando yo sacaba a Nancy de allí, y conste que si la saqué fue porque no es sano para una muchacha beber como bebía y perder los cuartos como los perdía, todo a un tiempo. El coloquio no duró mucho. A uno de los gorilas le metí una bala en una pierna y al otro lo dejé sin respiración. Mike Marsh prefirió escapar.

Stevenson dijo:

—Lleva usted en el mentón una mancha de *rouge*. Antes pensé que era un golpe, pero no lo es.

—Sí —Greene se encogió de hombros—. El oficio tiene también esas cosas.

El senador rio ahogadamente. Sin embargo, estaba alerta. Preguntó:

—¿Así que May Clarke ha muerto? ¿Cuándo?

—Se ha descubierto hoy, pero hace ya días. Ella y Byrne...

—Conozco el poema.

—¿Qué es lo que usted no conoce?

—Mis chicos han estado siguiéndole a Byrne los pasos. Yo nunca corro riesgos inútiles.

Greene engulló una tercera parte del segundo vaso.

—Me habían hablado de usted, Stevenson. La gente se reía en mis barbas cada vez que sugería la posibilidad de que Byrne o Mitchell le hicieran un chantaje. Empiezo a comprender el motivo.

—¿Sí?

—¿Qué más averiguaron sus chicos? ¿Dónde está Byrne?

—Eso no lo sé. La noticia de que la Clarke ha muerto lo trastorna todo. El viernes iban a marcharse los dos a Las Vegas. Hasta ahora les suponía allí, hubiera jurado que se había acabado la historia.

El detective repitió, pensativo:

—Iban a marcharse los dos —y añadió—: La Clarke estaba chiflada por él y empeñada en auparle, probablemente a costa de Mitchell. Esto es lo que me hace creer que Mitchell se los cargó a ambos. Preparaban un negocio, un buen golpe que le llenara a Byrne los bolsillos. Habían de darlo el jueves, o durante la noche del jueves al viernes, y largarse este día de la ciudad. Byrne, el jueves por la noche, cenó con Nancy y se separó de ella hacia las doce. A las tres de la madrugada comía emparedados de queso y bebía cerveza en un *drugstore* de Lincoln Avenue, acompañado de May Clarke: es lo último que se sabe de él. Supongamos que la víctima directa o indirecta de la maniobra fuera Mitchell, que lo descubriera a tiempo y que cortara por lo sano. Esos chicos de usted, ¿han encontrado algo en tal sentido que nos sirva de pista?

Stevenson reflexionaba.

—No. Pero su teoría tiene muchos puntos débiles.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplar, que anda prueba que Byrne esté muerto como la Clarke. Ha desaparecido, eso es todo. Quizá, a fin de cuentas, no sea falso que él se la cargó a ella y huyó. Otro de los puntos débiles de su teoría apoya precisamente esta hipótesis.

—¿Cuál?

—Si Mitchell es el asesino y ha escamoteado el cadáver de Byrne, ¿por qué no ha hecho lo mismo con el de la Clarke, que le compromete mucho más? No le ha faltado tiempo, creo yo: tiempo y ocasiones los ha tenido de sobra en cuatro días.

—Hum —gruñó el detective. Vació el vaso otra vez—. Por lo tanto, Kenneth Byrne anda ocultándose por ahí y yo he metido la pata. Entonces, ¿por qué quiere Mitchell echarle mano antes que la policía? ¿Y por qué ha enviado contra mí a sus matones?

—Puede haber una docena de motivos. Puede haber algo sucio entre los dos que no interesa que trascienda.

—En efecto.

Stevenson vio vacío el vaso de Greene, lo tomó y lo volvió a llenar. También llenó el suyo.

—Trato solamente de ayudarle —replicó.

Greene le miraba fijamente.

—¿De veras? No estoy seguro.

—¿Qué le pasa?

—Oh, estoy pensando en algo sucio —el detective rebuscó en sus bolsillos hasta sacar tabaco, dio un cigarrillo a Stevenson, que lo rechazó mostrándole la pipa, y se lo puso en la boca. Agregó—: Pero ahora lo sucio no se refiere a Mitchell, sino a usted. ¿Por qué había de ser precisamente Mitchell la víctima del golpe que Byrne y la Clarke preparaban? Sí, sí, usted es muy poderoso, y todos le tienen miedo, y en este caso particular había tomado la mar de precauciones. Kenneth Byrne, en circunstancias normales, no se hubiera atrevido a desafiar su cólera. Sin embargo, ¿qué pasaría si hubiera tropezado con algo lo suficientemente serio para correr el riesgo de hacerle a usted un chantaje, y si May Clarke hubiera estado azuzándole, y si de pronto hubiera perdido la cabeza? ¡Qué cuerno, Stevenson, la gente raras veces obra conforme a la lógica! ¡Es precisamente por ello por lo que asesina y por lo que muere asesinada y por lo que los asesinos terminan en la cámara de gas! Fíjese —Greene se inclinó hacia delante, expeliendo dos chorros de humo por la nariz—: el caso de usted es exactamente opuesto al de Mitchell. Usted se quita de encima a Byrne y a la Clarke, su cómplice; pero es el cadáver de Byrne el que le compromete, de modo que lo escamotea —el detective chasqueó los dedos—. En cambio, que se encuentre el de la chica le resulta de suma utilidad, pues desviará las sospechas contra el propio Byrne o contra Mitchell... A nadie se le ocurrirá acusarle a usted, porque todos creen y afirman y publican

que una babosa presumida como ese *croupier*, aunque gozara de los favores de Nancy, jamás osaría romperse los dientes contra el archiduro y superfuerte senador Stevenson. ¡Es la más hermosa combinación de factores que he visto en la vida!

Stevenson asintió burlonamente.

—Muy lógica.

—¿Verdad?

—Pero usted ha dicho ahora mismo que la gente obra raras veces conforme a la lógica —el senador puso la cara que pone John Wayne cuando, en el curso de la partida de póquer, su enemigo exhibe cuatro ases y él ha visto que hacía trampa—. ¿Qué sería eso tan peligroso que Byrne encontró contra mí?

—Algo que hizo necesario que usted torturase salvajemente a May Clarke para arrancarle una confesión; quizá la del paradero de su cariñito...

—¿May Clarke fue torturada?

—Sí.

—Bueno, esos cargos son muy graves, amigo. ¿Le parece que podrá probarlos?

—Lo intentaré.

—Le costará.

—Todo lo bueno cuesta.

Hubo un silencio.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Stevenson bruscamente.

—Burton Greene.

—¿Cuánto le paga mi hija?

—Veinticinco pavos diarios de prima, gastos aparte.

—¿Tan poco? No parece usted muy avisado, pero es audaz y noblote, y esto tiene precio. Le ofrezco quinientos de prima y cincuenta diarios si trabaja para mí.

Greene tosió.

—¿Qué?

—No se atragante. ¿Acepta o no?

—¿Trabajar en qué?

—En lo mismo: averigüe el paradero de Byrne.

—Está muerto. Y si no lo está, ¿para qué necesita usted de él? ¿Es tan importante ese pájaro? ¡Usted quinientos de prima y cincuenta diarios, y Mitchell diez mil! Pues qué, ¿he descubierto una mina de oro?

—Yo no necesito a Byrne —replicó el senador, con indiferencia—. Entréguelo a Mitchell o a la policía si le encuentra, igual me da. Solo quiero que este asunto se aclare de una vez y que Nancy y yo quedemos al margen. Vamos, ¿acepta?

Greene aplastó su cigarrillo en el cenicero y saboreó un poco de *whisky*.

A compás de su pulso, las palabras le martilleaban en la mente: «cin... cuen... ta... día... ríos... y qui... nien... tos... de prima».

—Contésteme una pregunta, Stevenson —dijo—. Si Kenneth Byrne, o el Aga Khan, o Kirk Douglas, o cualquiera, ¡o yo mismo! nos convirtiéramos en una amenaza para usted, ¿nos despacharía hacia los Eternos Cazaderos?

Stevenson miraba al detective fijamente.

—Sí.

—¿Y afirma, pese a todo, que no ha matado a Byrne?

—Byrne no era una amenaza para mí.

El detective suspiró.

—Es usted la clase de tío con quien uno se entiende en pocas palabras. Acepto el trabajo. Cien pavos de anticipo.

Stevenson se levantó perezosamente, fue a la mesa y abrió un cajón. Sacó un talonario de cheques. Firmó uno. Regresó soplándolo para que se secara la tinta.

—Aquí tiene doscientos cincuenta. Si por cualquier causa necesitara ayuda, llámeme. Cuando no esté en casa me encontrará en mis oficinas del Edificio Planetarium. Mis chicos pueden echarle una mano en caso de apuro.

Greene cogió el cheque y lo leyó con amor.

—Sí.

—Yo cuidaré personalmente de averiguar si Byrne ha caído por Las Vegas. Ocúpese nada más que de seguir su pista desde el jueves por la noche y en la ciudad.

—Para seguir una pista, hay que empezar teniéndola —replicó el detective. Se guardó el cheque y sacó del bolsillo el cuaderno de direcciones capturado en el departamento de Byrne—. Usted no sabrá quiénes son J. H. Heinlein y Richard Yorke, digo yo.

—Ni idea.

—¿Puedo llamar por teléfono?

—Llame —Stevenson señaló la mesa—. Allí.

Greene consultó el cuaderno y marcó el número de Heinlein. Esperó casi un minuto, hasta que una voz de hombre, chillona y áspera, exclamó:

—¡Diga! ¿Quién es? ¿Popoulus?

—No soy Popoulus, lo siento. Deseo hablar con el señor Heinlein.

—¡No!

—¿No?

—¡Que ya no vive aquí! ¿Está embromándome? ¡Llame a Alcatraz!

—¡Oiga! ¿Por qué a Alcatraz?

—Allí le han encerrado, o le encerrarán dentro de poco. Yo nada tengo que ver con él. He pagado el alquiler de esto y no me gusta.

—¿Qué hizo Heinlein?

—¿No lee los periódicos?

—Solo los chistes.

—Pues lo de Heinlein no tuvo gracia. Una marranada. Drogas. Le cazaron. No quiero que a mí se me...

Greene cortó la comunicación y preguntó a Stevenson por encima del hombro:

—¿Usted sabe si Byrne es aficionado a alguna clase de mandangas?

—¿Quiere decir estupefacientes? No, no lo sé; pero lo dudo.

—Heinlein ha sido detenido por eso. Puede que suministrara a Byrne, o Byrne a él, o que Byrne fuera un intermediario en el reparto —Greene comenzó a marcar el número de Richard Yorke—. Ocasiones no le faltarían en el Club Tropical, aunque dudo que a Mitchell le agradara el negocio. Está muy a buenas con los guardias, pero no se atreve a tanto. ¿Será por ahí por dónde hay que buscar?

Apenas hubo sonado la llamada, una voz, esta vez gruesa y contenida, respondió por el aparato:

—¿Sí?

—¿Richard Yorke?

—¿Quién llama?

—Un... un amigo de Kenneth Byrne. Necesito hablar con él.

Se oyó un suave roce. Siguió un silencio considerable. Otra voz menos clara dijo:

—¿Y bien?

—¿Yorke?

—Sí, ¿qué quiere?

—¿Dónde puedo verle? No me gustan las explicaciones por teléfono.

Un nuevo silencio.

—Venga para acá. ¿Quién es usted?

—Me llamo Burton Greene. Iré enseguida. Deme las señas.

—Calle River, número 112, tercer piso, puerta 31.

—O.K.

Greene colgó.

El senador le contemplaba chupando su pipa. Preguntó:

—¿Otro trago?

Greene apuró otro vaso, se despidió y se detuvo un instante en el vestíbulo para mirar hacia la escalera por dónde Nancy había desaparecido. Stevenson abrió la puerta.

—Llévese el coche —dijo—. Mañana lo devolverá. Es difícil que encuentre un taxi en el bulevar a esta hora.

Greene se llevó el coche.

El número 112 de la calle River era una casa de departamentos para gente ni rica ni pobre. El detective subió al tercer piso, pulsó el llamador de la puerta 31 y oyó sonar dentro una breve modulación.

Abrió un hombre ancho, vestido de azul.

—Pase.

Greene pasó. Dos hombres más estaban de pie en el vestíbulo. El ancho cerró la puerta y se apoyó en ella de espaldas. El más viejo de los otros dos dijo:

—¿Burton Greene?

—Sí.

El hombre sacó una placa del bolsillo.

—Policía.

Greene los examinó uno a uno, a los tres. Le eran desconocidos. Pensó que sería el teniente Shappiro, a quién viera en el Club Tropical, el oficial encargado del caso May Clarke. Aquellos tres ni siquiera pertenecían al Departamento de Homicidios. Entonces, ¿por qué estaban allí?

CAPÍTULO VII

El ancho y vestido de azul se situó detrás de él y le cacheó diestramente. Extrajo el 38 de su funda axilar. Luego empujó a Greene al centro del vestíbulo.

El más viejo añadió:

—Hay un Burton Greene, detective privado, en la guía telefónica. Lo hemos comprobado después de su llamada. ¿Es usted?

—Sí.

—A ver su licencia, Mac.

Mac, el ancho, le registró los bolsillos. Encontró la licencia y también el cheque de doscientos cincuenta dólares que Stevenson había firmado. Los dio al viejo y este lo estudió con cara gris.

Greene dijo:

—Ustedes no son policías de la ciudad, ni tampoco agentes federales. No tienen derecho a meter la pata aquí.

El viejo, pese a su cara, no demostró hostilidad.

—No metemos la pata —repuso—. Supongamos que hemos encontrado la puerta de este nido abierta. Hasta ahora, que yo sepa, respetamos la ley como el primero.

—¿Fue usted quien contestó al teléfono por Yorke?

—Quizá.

—Bueno, ¿qué ocurre? ¿Dónde está él?

El policía pareció no oír la pregunta. Interrogó a su vez:

—¿Quién es el tipo que usted mencionó? ¿Un tal no-sé-qué Byrne?

Greene consideró un momento la situación. Luego respiró profundamente.

—Kenneth Byrne es un individuo del que no se tienen noticias desde el jueves por la noche. La hija del senador Stevenson tonteaba con él. Ella y su padre me han contratado para que investigue por dónde anda, no sea que los meta en cualquier lío. De su paradero no sé nada todavía. Solo tengo su cuaderno de direcciones telefónicas. Uno de los números era el de un pájaro llamado Richard Yorke, y aquí estoy.

El policía viejo leyó de nuevo el cheque. El que estaba a su lado empezó a hurgarse una oreja con el dedo meñique.

—¿Por qué temen el senador y su hija que ese Byrne le meta en un lío?

—Pura precaución. Byrne trabajó hasta el jueves de *croupier* en un club nocturno. Ni el club ni él son de fiar.

—¿Insinúa usted que ha habido algo sucio en su desaparición?

—No sé nada.

—Pues quizá lo haya —gruñó el viejo.

Dio bruscamente media vuelta y se metió por una puerta que tenía detrás. El que se hurgaba la oreja le siguió. Greene miró al ancho. Bostezaba. Echó a andar en pos de los dos hombres y el ancho no se lo impidió. Terminó su bostezo.

Greene estaba casi seguro de que al otro lado de la puerta iba a encontrar cosas de interés. Lo único que encontró fue a los dos policías sirviéndose *whisky* del bar de Yorke. La habitación era un *living* bastante cómodo. Se veía que el trío había efectuado un registro, moviendo los muebles y los libros de la biblioteca contigua al bar. Otra puerta se abría al fondo. Fue ella. Daba a un dormitorio, registrado también. Del dormitorio se pasaba al cuarto de baño. El registro había llegado hasta allí.

Cuando regresó al *living*, el policía vestido de azul había puesto en funcionamiento la radio.

—¿Puedo saber quién es Richard Yorke, quiénes son ustedes y qué buscan aquí?

El viejo, con un vaso en la mano, hojeaba un libro. Desde el lugar donde se hallaba se lo mostró al detective. Este se aproximó para leer el título. El título era: *Modernas técnicas de tallado*, y el tallado se refería a diamantes.

—¿Y bien?

—Yorke es corredor de la compañía Goldberg, de aquí, de Los Ángeles. Mayoristas de diamantes, importación y exportación. ¿Opina que esto tiene alguna relación con su Kenneth Byrne?

—Ni idea.

—Pudiera tenerla —el viejo chupó estoicamente su *whisky*—. Richard Yorke ha desaparecido también desde el jueves.

—¿Ustedes qué buscan? ¿De dónde vienen?

—De Long Beach. Soy el capitán Geoffrey Margorius, del Departamento de Policía —el viejo suspiró, depositó el libro encima de la biblioteca y recogió del bar el cheque y la licencia de Greene. En el cheque había caído una gota de soda. La sopló y añadió—: Conozco al senador Stevenson. Nos echó un discurso en cierta ocasión. Un buen discurso. Guárdese esto. ¡Mac!

—¿Qué? —rezongó Mac.

—Dale su petardo.

Greene reintegró el 38 a su funda y el cheque y la licencia a su cartera.

—Si, Yorke vive en Los Ángeles y trabaja para una compañía de Los Ángeles —dijo—, ¿por qué es la policía de Long Beach quien le busca?

—Porque la denuncia se formuló allí. La señora Marlowe, una chiflada, quería vender una pulsera de brillantes. La dio a tasar a Whittington, nuestro joyero de más postín, y este la ofreció a Richard Yorke cuando le visitó, que fue el miércoles, por si a la compañía Goldberg le interesaba. Yorke prometió volver el viernes con la respuesta. Bueno, pues no volvió.

Como se hallaba en entredicho ante la señora Marlowe, Whittington, el sábado, llamó por teléfono a los Goldberg y preguntó qué había ocurrido. Los Goldberg le contestaron que Yorke no había aparecido por allí y que no le esperaban hasta el jueves de la semana próxima, fecha en que terminaba su viaje. Whittington insistió. Los Goldberg afirmaron que Yorke, su corredor, era una persona honesta, y dijeron que si no lo era, se lavaban las manos, en vista de lo cual Whittington, el sábado por la noche, puso el caso en conocimiento nuestro. Hoy hemos venido a Los Ángeles. Los Goldberg se obstinan en su declaración y, sin una denuncia, la policía de aquí se encoge de hombros, de modo que hemos decidido obrar por nuestra propia iniciativa. A Yorke no ha habido modo de localizarle. De acuerdo con su itinerario, tenía que estar hasta mañana en San Diego, y no está. Ha desaparecido, eso es todo.

—La compañía Goldberg, ¿confiaba a Yorke algún muestrario de piedras?

—Sí.

—¿Y ha desaparecido el muestrario con los brillantes de la señora Marlowe?

El capitán Margorius movió negativamente la cabeza.

—No. Las dos cosas están aquí —echó a andar hacia el diván que había al otro lado de la biblioteca y desplazó un cuadro prendido de la pared encima de aquel. Quedó al descubierto una pequeña caja fuerte. Margorius tiró de la manija y abrió la puerta sin otras dificultades—. Mac es un estropeando combinaciones y reventando arcas ajenas, ¿verdad, Mac?

—Uh —hizo Mac.

—Vea, Greene —añadió el capitán—; la pulsera, el muestrario, mil pavos y el contrato de compra a plazos de una casita en San Pedro. San Pedro es el pueblo natal de Yorke. Allí le espera su novia.

Greene se aproximó a la caja y contempló lo que le mostraba el policía. Un porrón de dólares en diamantes.

—No entiendo una palabra —dijo.

—Ni yo. De acuerdo con la ruta que tenía fijada, Yorke no había de volver a Los Ángeles hasta el jueves próximo. Sin embargo, le dijo a Whittington el miércoles pasado que el viernes le daría la respuesta de Goldberg, lo cual significaba que sí pensaba volver, el jueves, una semana antes de lo previsto, o el viernes por la mañana a más tardar. En efecto, volvió. Depositó aquí las piedras y se esfumó en el aire. Si es usted capaz, explíqueme por qué, Greene.

Greene se sentía un poco aturdido.

—Porque tenía una cita secreta con Kenneth Byrne. Esto indica que se esfumaron los dos a la vez.

—¿Una cita para qué?

—Regístreme. ¿Qué sabe su novia?

—No hemos hablado con ella. Whittington señaló que Yorke era de San Pedro y que quería casarse y afincarse allí. Llamamos a la policía local por si le habían visto, y no, tampoco estaba.

—¿Qué clase de tipo era?

—¿Qué clase de tipo es un corredor de diamantes? Pulido, parlanchín, sonriente, reverencia aquí reverencia allá. Estatura mediana, muy rubio, con una elegancia así a la europea, y manos manicuradas. Buen muchacho, según dicen. Aunque un empleo como el suyo no se obtiene sin depositar una fianza que ya la quisiera yo para comprar gasolina, tenía que ser honrado si los Goldberg confiaban en él. ¿Sabe qué impresión me ha producido Absalón Goldberg, el gerente?

—No.

Margorius se apretó con dos dedos la nariz.

—Un cochino avaro. Un buitre ahíto.

—¿Edad? —preguntó.

—¿Goldberg?

—No, Yorke.

—Veintidós años.

—¿Qué piensan hacer ustedes?

—¿Hacer? —repitió Margorius, enarcando las cejas—. No tenemos nada que hacer. La señora Marlowe quería su pulsera de brillantes, y aquí está. Si los Goldberg quieren su muestrario, aquí está también. Yorke no ha cometido delito ninguno. No es delito que un joven se las pire si se le antoja, por cuatro, por cinco, por veinte días, por lo que sea. Vaya usted a saber si no ha desaparecido ya otras veces, sin que nadie se enterase. Nosotros nos volvemos con la pulsera a Long Beach, y se acabó.

Greene procedió a encender un cigarrillo.

—Pero todo eso es incomprensible —dijo—. Richard Yorke realizaba uno de sus viajes comerciales como corredor de los Goldberg. No debía regresar a Los Ángeles hasta el próximo jueves. Sin embargo, cuando Whittington le mostró en Long Beach la pulsera de la señora Marlowe, la tomó y prometió volver el viernes pasado con la respuesta de si a los Goldberg les interesaba. O sea, que se proponía interrumpir el viaje. Y lo interrumpió. Vino a su departamento y guardó la pulsera y el muestrario en la caja. Pero no vio a los Goldberg, sino que se lo tragó la tierra... Ahí detrás puede haber hasta un asesinato, ¿no le parece?

—No es cuenta mía —el capitán se guardó la pulsera en el bolsillo, devolvió lo demás a la caja, cerró la puerta de esta y colocó el cuadro en su primitiva posición—. ¿Qué hotel nos recomienda usted para pasar la noche, Greene?

Greene no contestó. Preguntó a su vez:

—¿Yorke tenía coche?

—Sí.

—¿Cuál?

Margorius le miraba recelosamente. Sacó un cuaderno de notas y lo consultó.

—Un «Ford» de color cereza, matrícula LA 88-914.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Probablemente se lo ha llevado consigo.

—¿Quiere decir que no está en el garaje de este edificio?

—No.

Mac y el otro policía terminaron sus *whiskys*. Margorius insistió:

—¿Qué hotel nos recomienda, Greene?

—El Residence —repuso Greene, al azar—. ¿Comunicarán al Departamento lo que ha pasado?

—¿Cree que va a interesarles?

—Es posible. Andan buscando a Kenneth Byrne, acusado de haber matado a una muchacha. Se me acaba de ocurrir que quizá Yorke le sacó en su coche de Los Ángeles, por hacerle un favor. Será fácil localizarlo, conociendo la matrícula.

—¿Byrne mató a una muchacha?

—No, pero la policía lo cree así.

—A ver.

Greene contó a grandes rasgos la historia de May Clarke. El capitán demostró solo un mediano interés.

—Bonito lío —comentó—. Y usted metido de lleno en él, ¿eh, Greene? ¿Mucha pasta?

—Psché. Ahora parece que empieza a circular.

Margorius se encasquetó el sombrero y echó a andar hacia el vestíbulo. Hizo señas al detective de que le siguiera. Mac, que caminaba el último, apagó las luces y la radio.

Margorius dijo:

—Esto es todo. Lárguese de aquí, Greene. No queda nada que le sea de utilidad.

Greene salió con él al pasillo. Mac manipuló un instante en la puerta con una llave maestra y la dejó cerrada. El grupo descendió a la calle. Margorius se paró a contemplar el lujoso cupé de Nancy y frunció expresivamente los labios.

—Vaya coche. ¿Se vive bien, Greene? ¿Marcha el negocio?

—Hum —hizo el detective.

—O. K. Dele recuerdos de mi parte al senador. Si para algo me necesitan, en el Departamento de Policía de Long Beach me encontrarán. Siempre es conveniente que los peces gordos tengan con uno alguna que otra deuda de gratitud.

—Especialmente los peces gordos republicanos.

—Sí —dijo Margorius.

Y montó en su coche con los dos agentes y se fue.

CAPÍTULO VIII

Greene mostró su licencia al portero que guardaba la entrada al escenario.

—Necesito urgentemente ver a Sammy Keogh. Le traigo una noticia sensacional.

El hombre estudió la licencia, la volvió del revés siguió estudiándola y se encogió de hombros.

—¿Cuál es la noticia? ¿Baja de precio el *whisky*?

—Algo así.

—Siga. Al fondo. A la derecha. Pregunte allí por él.

Greene solía decir que el oficio de detective tiene sus más y sus menos. Tiene sus más, por ejemplo, si uno lleva unas cuantas copas en el estómago y un buen cheque en la cartera, y se introduce en la trasera de un escenario de variedades cuando la última sesión del espectáculo está a punto de terminar. Hay gente que paga por cosas así.

En cuestión de minuto y medio, Greene contó hasta veinte muchachas apresuradas, unas vistiéndose de gato, otras de flor, otras de algo como de bañista 1960. Ninguna hizo demasiado caso de él. Subido en un cajón, un individuo obeso, en mangas de camisa, que usaba unos repulsivos tirantes azules, batía palmas y daba órdenes. Unos tramoyistas arrastraban un trozo de telón que representaba la corraliza de un rancho mexicano. Un joven en traje charro cantaba desde el escenario, más allá, diciéndole al público que, para tíos machos, Jalisco y solo Jalisco, y que lo demás ni hablar.

Greene tiró de la camisa al individuo obeso.

—¿Está Sammy Keogh? ¿Dónde puedo verle?

—¡Por ahí!

«Por ahí» significaba adentrarse en un corredor de cemento desnudo. El detective se adentró. Tres muchachas vestidas con blusas mexicanas y faldas de colorines caminaban en sentido contrario. Por su forma y disposición se advertía que las blusas fueron diseñadas por alguien que entendía en esas cosas lo suyo.

—¿Sammy Keogh?

—Sí, allá.

Cinco muchachas más, ataviadas del mismo modo, salían por una puerta en la que se leía el rótulo «Marihuana Girls». A seguido de la puerta, el corredor se ensanchaba y terminaba. Había allí unas maderas, unas cajas, una silla y un hombre. El hombre estaba sentado en la silla, con los pies encima de una caja. Fumaba un habano. Llevaba el sombrero

echado atrás. Tenía en la caja una botella de *rye* y, en la mano, un vaso. También tenía la cara encendida y los ojos brillantes por el alcohol.

—¿Es usted Keogh?

—Séeee —contestó el hombre, abriendo las vocales. Parecía de pésimo humor—. ¿E osté?

—Burton Greene, detective privado.

—¿Qué quiere?

—Un conocido suyo, Kenneth Byrne, ha desaparecido misteriosamente desde el jueves de la semana pasada. Se sospecha de él en relación con un asesinato. Yo ando buscándole.

—¡Váyase al cuerno! ¿Qué pretende? ¿Qué delate a un amigo? ¡Pues se ha equivocado de puerta! ¡Largo de aquí!

El detective movió negativamente la cabeza.

—Es la policía quien sospecha de Byrne, no yo. Estoy tratando de ayudarle. Para que le ayudase me contrató su novia: Nancy Stevenson, ¿la conoce?

Keogh no dijo ni que sí ni que no. Tenía una cara cansada y abotargada, de borracho habitual.

—¿A quién han asesinado?

—A May Clarke, una protegida de Mitchell, el del Club Tropical. En mi opinión, también al propio Byrne.

—Lo sentiría —gruñó Keogh.

—¿Y pues?

Keogh señaló con el pulgar hacia la puerta donde estaba el rótulo de «Marihuana Girls».

—A Ken Byrne debo lo poco que tengo y lo poco que soy. Cuando me hundí, y mi Pacific Folies se fue al diablo, Ken fue el único que me tendió una mano. Vea ahora: gracias a él, he formado un *ballet* que es la mejor atracción de esta covacha, y me defiendo. ¿Conoce usted a Selena Evans?

Selena Evans era otro de los nombres femeninos que figuraban en el cuaderno de direcciones de Byrne.

—De oídas.

—Pues Ken la descubrió para mí. No era nadie, una chica del montón, tontaina y pazguata... Bueno, hoy arrastra a la gente. Arfelli, el empresario de esto, nos ha triplicado el contrato. Empiezo a salir de nuevo a flote, ¿comprende? gracias al ojo clínico de Ken y a nada más. Si en algo puedo ayudarle, dígalos.

—¿Cuándo le vio por última vez?

Keogh se vertió una generosa ración de *rye*.

—Él... sábado... hizo una semana.

—¿Tiene alguna idea de por qué ha desaparecido?

—No lo entiendo.

—Los hechos son los siguientes —dijo Greene.

Y lo refirió todo. Mientras, Keogh iba sacudiendo la cabeza incrédulo, ceñudo, sinceramente preocupado. Después de Nancy, él era la primera persona que Greene encontraba apesadumbrada por lo que a Byrne pudiera haberle ocurrido.

—Esa historia me huele a una puerca trastada de Gus Mitchell.

—Lo mismo pensé yo en el primer momento —asintió el detective—. Sin embargo... no sé... ¿Usted ha tratado mucho a Byrne? ¿Sabe algo de su vida privada? ¿Sabe que estaba liado con May Clarke y que, al parecer, ambos pretendían jugársela a Mitchell y escapar a Las Vegas? ¿Sabe en qué consistía esa jugada?

—No, no ¡ni remotamente! —Keogh contempló con amargura el *rye* de su vaso—. Quizá usted no se dé cuenta, pero yo vivo siempre un poco en las nubes. Cada cual es como es.

—Me doy cuenta —dijo Greene—. ¿Qué le parece si hablo con Selena?

—Muy bien. Ella aprecia a Ken y... bueno, hubo ciertas cosas entre los dos. De aquí vino que Ken la lanzara.

—¿Byrne solía procurarle a usted artistas?

—Alguna que otra vez lo hace.

—¿Y Selena Evans ha sido la última?

—Sí.

Greene retrocedió hasta el escenario y, desde un lateral, contempló lo que pasaba allí. El Mexicana Palace no era un local de gran categoría, pero en su elenco figuraban personas sumamente amenas. En aquel momento se presentaba el cuadro final del espectáculo y estaban en plena acción las jóvenes de blusa artística, los gatos, las flores, las bañistas 1960 y unas cuantas damas con mucha tela y muchas plumas por aquí y muy pocas por allá. A Selena Evans resultaba fácil identificarla, evolucionaba al frente de las Marihuana Girls. Era muy joven, suave y ágil como un felino, aunque ya hubiera querido cualquier felino parecerse a ella; era morena, de grandes ojos, y se la notaba entusiasta y temperamental. Greene pensó automáticamente en Kenneth Byrne. «Tiene veneno», le había dicho Donna Kirby. Si aquella clase de veneno estuviera en venta, habría tío que se arruinara gustoso por comprarlo.

El espectáculo terminó. Aplausos, silbidos admirativos, pataleo, bajada y subida del telón, otra bajada y otra subida, otra, y ítala, a retirarse. Greene detuvo a Selena.

—Sammy Keogh me ha aconsejado que hable con usted. Es referente a Ken Byrne.

A la muchacha le había encendido los ojos el ejercicio y rebosaba éxito y vitalidad por todos los poros.

—¿Qué ocurre?

—Ya se lo contaré.

—Tengo mucha prisa. Venga a mí camerino.

Selena se metió detrás de un pequeño biombo.

—¿Y bien?

El detective lo contó todo otra vez, ahora con más detalle, en tanto que sobre el biombo se amontonaban prendas de ropa. La muchacha reapareció ciñéndose una bata azul claro. No era una bata de tejido muy sólido ni sus faldones ajustaban demasiado bien. A Greene le gustó.

Pero ella se mostraba preocupada.

—Por favor, deme un cigarrillo —él se lo dio y se lo encendió. También le gustó ver cómo sorbía el humo con sus húmedos y rojos labios—. No me explico qué es lo que ha sucedido... no consigo explicármelo... ¡Ken desaparecido desde el jueves por la noche! ¡Pero si es absurdo!

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Hace tiempo... quizá dos meses... ¿Keogh le ha dicho algo de nosotros? ¿De Ken y de mí?

—Que entre ustedes hubo algo y que Ken la lanzó. Es decir, la recomendó a Sammy Keogh para que hiciera de usted una «estrella».

La muchacha asintió, pensativa, dando vueltas al cigarrillo entre sus finos y morenos dedos.

—Más o menos es así, aunque con palabras no puede explicarse. Míreme, amigo: todo lo que soy y todo lo que seré, es obra de Ken Byrne. Recogió de la calle a una palurda que no sabía ni andar y la convirtió en una mujer, en una mujer auténtica. Pulsó resortes secretos de mi personalidad, descubrió en mí cosas que yo misma ignoraba y que ni remotamente suponía que existieran. Me infundió confianza en mí misma, me dio la medida de mi propio valor. Nunca, ¿comprende? se lo agradeceré bastante —la joven inclinó la cabeza—. Sería horrible que, ahora, a Ken le hubiera ocurrido algún daño.

—¿Usted no cree que matara a May Clarke?

—¡Por Dios, no!

—Siga. Hábleme de él.

Selena titubeó.

—No se puede hablar de él a la ligera... Es distinto a los demás hombres. Está por encima de la vulgaridad y de la chabacanería con que una tropieza siempre, y todo cuanto le rodea en su intimidad lo está también. Las horas que he pasado a su lado, entre sus cuadros, sus libros, su música, son las mejores de mi vida. Ken me abrió los ojos a un mundo nuevo... maravilloso...

—Quisiera hacerle unas preguntas concretas. La primera es: ¿está usted enamorada de Kenneth Byrne?

—No.

—¿Lo estuvo?

—Creo que no. Me deslumbró un poco, le admiro, le tengo afecto... Esto no es amor, a mí modo de ver. En la vida de Ken había y hay otras

mujeres. Nunca me ha importado.

—¿Conoce a un amigo de Byrne llamado Richard Yorke? ¿Un pollo muy rubio, elegante, atildado?

—No.

—¿Sabe si Byrne comerciaba con diamantes o con joyas en general?

—Trabajaba en un club nocturno.

—Además de su trabajo.

—No, no lo sé. Nunca lo mencionó.

—¿Y con estupefacientes?

Una arruga vertical se marcó en la frente de Selena.

—Tampoco.

—¿Tomaba drogas?

—Ken no era de esos.

Greene se disponía a añadir: «¿Está segura?», pero prefirió callar. Dijo lentamente:

—Ya ha oído lo que pasó: Byrne desapareció el jueves por la noche y la mujer que al día siguiente había de acompañarle a Las Vegas, ha muerto asesinada. Si tuviera que explicar esto de alguna manera, ¿cómo lo haría?

La joven, abstraída, se acarició el mentón.

—Yo nunca estuve muy al corriente de sus negocios particulares, pero alguna vez pensé que su empleo era demasiado modesto para el modo como vivía y el dinero que gastaba. Le acompañé en dos ocasiones a ese sitio, el Club Tropical. Ken era solamente un *croupier*. Por cierto... recuerdo una cosa.

—¿Y es?

—Había un hombre allí con el cual Ken estaba muy a malas. Era por culpa de una mujer, y algo había ocurrido entre ellos recientemente. Ken dijo que algún día ajustarían cuentas. No recuerdo el nombre... Un tipo siniestro, giboso, con gafas, muy calvo...

—¿Mike Marsh?

—Sí, algo así.

—¿La mujer era May Clarke?

—No, ese hombre no tenía nada que ver con May Clarke.

—¿Usted cree que la raíz de la desaparición de Byrne y del asesinato de la Clarke hay que buscarla en el Club Tropical?

—No me atrevo a afirmarlo, pero eso es lo que yo pienso.

Llamaron a la puerta del camerino.

—¡La está esperando el señor Munro! —anunció una voz.

Selena arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón de su chinela. Tocó el cinturón de su bata como si fuera a desanudarlo.

—Tendrá que perdonarme. Me esperan, y todavía he de darme una ducha. Si quiere que sigamos hablando, ¿por qué no vuelve mañana?

—Basta con esto —dijo Greene—. ¿Puedo saber quién es el señor

Munro?

—Alguien que seguramente hará de mí la señora Munro.

—Enhorabuena. ¿Amigo de Byrne?

—¡Oh, no! Le conocí la semana pasada. Le gustaron mis ojos.

Greene se aproximó a la puerta.

—Y a usted, ¿qué le gustó de él?

—Sus modales y otra cosa.

—¿Cuál?

—Su talonario de cheques. Adiós, señor... ¿cómo se llama?

—Greene —repuso el detective—. Burton Greene, investigador privado.

Salió y cerró la puerta, sin prisa, mientras, dentro del camerino, la bata azul claro caía al suelo suavemente.

El señor Munro aguardaba en la calle, arrellenado en el asiento trasero de su «Packard», con un chófer negro al volante. Greene le miró al pasar. Tendría como sesenta años y no muchos más de sesenta pelos en la cabeza. «Sus modales y su talonario de cheques». ¿Esperaba realmente Selena Evans convertirse algún día en la señora Munro? ¿Era una ingenua? ¿Era todo lo contrario de una estúpida?

¿Y cuánto podía aprovecharse, y cuánto no, de lo poco que había dicho?

Greene se metió en el cupé de Nancy. Empezaba a tener ideas. Ni grandes, ni luminosas, ni, por el momento, fructíferas, pero ideas al fin y al cabo.

CAPÍTULO IX

Old Jackie dijo:

—Y encima, impuestos, y el fulano que se te carga una vidriera y no tiene con qué pagarla, y el borracho que te mancha de cerveza una pared y hay que pintarla de nuevo, y el día que te ponen una multa porque cuatro imbéciles han estado armando jaleo hasta más allá de la hora, y todo así. Estoy harto.

—Una ginebra doble —el detective suspiró y se acodó en el mostrador—. Sí, es una lástima que tus negocios anden por los suelos, Jackie. El año anterior no pudiste comprar más que tres casas en Pasadena. La ciudad entera sería tuya si anduvieran como tú quieres.

—Hum —gruñó Old Jackie.

Sirvió la ginebra.

—No te preocupes, estoy en fondos —añadió Greene. Depositó un billete junto al vaso—. Y soy ciego y mudo, Jackie, lo sabes de sobra. Si los T-men te echan mano por fraude en tus declaraciones de renta, o el FBN por despachar mandanga, la culpa no será mía.

El rostro de Old Jackie se había ensombrecido.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Han puesto a la sombra a un tipo llamado Heinlein. Cuéntame.

—A Heinlein no le pasará nada —Old Jackie habló por un costado de la boca—. Es una figura de quinta fila, y, sin embargo, no le faltan agarraderas. Se dejó cazar tontamente. ¿Por qué demonio te interesa un gorrión como él?

—Porque es amigo de Kenneth Byrne.

Old Jackie reflexionó.

—No caigo. ¿Kenneth Byrne?

—Un *croupier* del Club Tropical.

—¡Ah, ya, Byrne, sí! Nada, Byrne no cuenta. Coloca un pellizco de nieve de vez en cuando por propia iniciativa. En esa choza de Mitchell se explota el juego, que ya es bastante; sería demasiado arriesgado pasar mandanga, además. Mitchell está a partir un piñón con los guardias, pero sabe perfectamente cuáles son sus límites.

—Lo mismo pensaba yo —asintió Greene—. De todos modos, ¿no tienes noticia de que Byrne se haya metido últimamente en algo gordo? ¿No ha traído consecuencias para él la detención de Heinlein?

—¿Qué consecuencias iba a traer?

—Que pusiera pies en polvorosa para no verse comprometido.

—¡Bah, no! Ni hablar. Greene, estás andando por las nubes.

—¿Puedes asegurármelo?

Old Jackie titubeó.

—¿Te interesa mucho?

—Sí.

—Aguarda.

Se retiró del bar, fue a la cabina telefónica y se encerró en ella. Volvió a los pocos minutos.

—No. No hay nada respecto a eso —Greene notó que le miraba de un modo especial—. Byrne es un advenedizo y está a salvo de sospechas. Ni se metió últimamente en líos gordos ni tenía nada que temer por lo de Heinlein. Ahora puedo asegurártelo.

Greene sostuvo su mirada.

—¿Qué pasa, Jackie? ¿Qué más te han dicho?

Old Jackie se humedeció los labios.

—Creo que quien se ha metido en un lío gordo eres tú.

—¿Por qué?

—A ese condenado Byrne le están buscando al mismo tiempo los guardias, la gente de Gus Mitchell y la de Milo Stevenson, el senador. Revuelven la ciudad. Dicen que hay de por medio un asesinato.

—Y otras cosas —Greene apuró la ginebra—. Yo trabajo para Stevenson.

Old Jackie silbó.

—¡Dinero largo!

—No tan largo como te figuras.

—Pero ¿qué le importa al senador todo esto? ¿Qué le ocurre con Byrne?

El detective señaló el billete que había dejado sobre el bar.

—Dame el cambio.

Old Jackie se encogió de hombros. Luego se llevó el billete a la caja y regresó con un puñado de dinero suelto.

—Tú guardas demasiados secretos sobre demasiadas personas, Greene. Cuídate bien, no sea que te empachen cualquier día.

El detective recogió las monedas una a una. Repentinamente, dijo:

—Me han contado que Dedos McCullers está en libertad otra vez.

Old Jackie se enojó.

—¡No sé nada de Dedos!

—¿Le encontraré en el lugar de costumbre?

—No sé nada de Dedos.

Greene se metió las monedas en el bolsillo.

—O. K Jackie —dijo—. Adiós.

Había un local en un ángulo de Stale Square donde solían reunirse los músicos sin trabajo y al que acudían a última hora los que terminaban entonces su actuación en los *dancings* del centro de la ciudad. Greene

detuvo el cupé ante la puerta, se apeó y entró. Como casi siempre, funcionaba la gramola automática. El lugar era largo y estrecho, con el primer tercio ocupado por un bar y los otros dos llenos de mesas deliberadamente mal iluminadas. El bar lo atendía un negro. Cinco negros más seguían el compás de la música con el pie. Otros dos, con dos negras, estaban sentados en torno a la mesa más visible. El resto eran blancos.

Greene examinó a los blancos uno a uno. Había ocho. El sexto, que tenía el pelo como crines de panocha y usaba corbatín, hizo una mueca al verle. Cogió su vaso de cerveza y se volvió de espaldas.

Greene se situó tras de él.

—Vamos a una mesa, Dedos.

—Lárgate.

—Veinticinco pavos para ti.

Dedos permaneció un momento inmóvil. Luego echó a andar con su vaso hasta una de las mesas más apartadas. Se sentó, y Greene delante. Dedos se pasó por el pelo una mano larga y blanca. Después la extendió hacia el detective. Era una mano más larga que un pie.

—Venga la pasta.

Greene sacó veinticinco dólares.

—Es bueno saber que ya te han soltado, Dedos. Yo te calculaba lo menos seis meses más.

—El tiempo pasa deprisa —Dedos hablaba como si tuviera la boca llena, lo cual se debía a la disposición de sus dientes. Era un sujeto de cara de caballo, largo, lúgubre, a quién ni el corbatín ni el cabello color panocha sentaban bien—. ¿Tú sigues todavía tan cargante, Greene?

—Igual.

—Vaya.

Greene suspiró. Contemplaba las adormiladas pupilas del hombre, dos pozos de sombra en la semioscuridad.

—Necesito un informe.

—Eso veo.

—Supón que tengo unos pedruscos por colocar... digamos que son diamantes... Supón que me dirijo a los Goldberg, ¿qué pasa?

Dedos tamborileó sobre la mesa.

—¿Los Goldberg de la Compañía Goldberg?

—Sí.

—Absalón y Jeremías, ¿no?

—Sí.

—¿Quieres decir unos pedruscos afanados?

—Por lo menos de procedencia poco clara.

Dedos asintió lentamente.

—Si no hay mucho, mucho, mucho peligro... los comprarán. No me los comprarían a mí, por ejemplo —Dedos arrugó la boca como para escupir

—. Salí hace una semana, y ellos saben nadar y guardar la ropa.

—Pues la Goldberg pasa por una empresa respetable. Sus corredores visitan a los mejores joyeros del estado.

—¿Quién lo niega? El negocio es el negocio, y hay dos modos de interpretar esto: el de un miembro del Club Rotario y el de cualquier viejo judío. Los Goldberg son viejos judíos —Dedos se enderezó el corbatín—, pero honestos contribuyentes. Lo contrario que yo.

—Psé —murmuró Greene. Sabía que al fin estaba mordiendo en hueso, ¡y que ya era hora! —. ¿Conoces a Richard Yorke?

—No.

—Es uno de sus corredores. ¿Suelen los corredores de los Goldberg adquirir piedras robadas?

—No van pidiéndolas por ahí, claro. Sin embargo, apuesto a que no las rechazan si la oportunidad surge y se lleva la cosa con discreción. Una piedra es una piedra: no tiene sangre, ni carne, ni huellas dactilares, ni voz para hablar; y si existe el temor de que alguien la identifique, la talla uno de nuevo y se acabó.

Greene reflexionó. Aunque no lo demostraba, se sentía sumamente alegre.

—¿Tú sabes si un *croupier* del Club Tropical ofreció una ganga de esas hace unos días?

—Primera noticia.

—No obstante, ofrecerla a los Goldberg, ¿es una garantía de que la cosa quedará en secreto?

—Seguro.

—¿Sería posible entonces que el pájaro se entendiera directamente con los Goldberg, o con uno de sus corredores? ¿Sin que nadie se enterase?

—Sí.

Greene se echó atrás en la silla. Metió la mano en el bolsillo y sacó veinticinco dólares más.

—Toma, te los has ganado —se levantó—. Gracias.

—Parece como si te hubiera quitado un peso de encima —dijo Dedos.

—Algo así.

Dedos rio ásperamente.

—¿El *croupier* es un tal Byrne?

—¿De modo que sabes algo?

—Sé que le sigue la pista un batallón de gente. Pero nadie había hablado de piedras hasta ahora.

—Tú y yo no hemos hablado de piedras, Dedos. No hemos hablado de nada. Cincuenta pavos incluyen la obligación de cerrar el pico.

Dedos se aprisionó los labios entre su largo índice y su largo pulgar. Luego, respondió:

—Descuida. Y lárgate. Cincuenta pavos no incluyen la obligación de

soportarte tanto tiempo.

Greene se largó.

Desde un *drugstore* cercano, donde no había negros ni sonaba la gramola automática, llamó al Club Tropical.

—Con Mitchell —dijo. La conexión produjo un clic—. ¿Mitchell? Soy Burton Greene. ¿Sus dos gorilas siguen bien de salud?

—¿Llama únicamente para saber eso?

—Llamo para anunciarle que le visitaré dentro de unos minutos. A los dos nos conviene un rato de charla y no quiero abrirme paso a tiros hasta usted. ¿Piensa todavía tanto en Kenneth Byrne?

La desagradable risa de Mitchell sonó en el aparato.

—Olvídese de Byrne: la ciudad entera está a estas horas dándole caza. Y usted es un hombre solo.

—Exactamente —dijo Greene—. Soy un hombre solo. Colgó.

Pensó infinidad de cosas mientras conducía el cupé hacia el club nocturno. Semejaba como si las ideas se le ordenaran por sí mismas en la mente: una tras otra, una junto a otra, una encima de otra... Todas eran ideas que valían dinero, y con dinero se iba a cualquier parte.

Al detener el coche en la zona de aparcamiento del Tropical, se dijo:

«Ir a cualquier parte, sí, pero ¿adónde?»

Trató de precisarlo y no pudo.

Luego se encontró en la sala decorada con palmeras, monos y cocodrilos, caminando en dirección a la puerta que conducía a las dependencias interiores del local.

En el estrado actuaba la orquesta mexicana. Tres parejas incongruentemente bailaban en la pista.

Entró en el despacho de Mitchell sin llamar.

—No ha tardado mucho —dijo Mitchell.

Le acompañaba Mike Marsh, que estaba junto a la pared, a la derecha de la puerta. Marsh tenía la mano sobre el estómago, apoyada en el botón de la chaqueta, un poco a estilo Napoleón; pero no exactamente para asemejarse a Napoleón.

—Retira la mano de ahí, melenudo.

—Venga acá y siéntese, Greene —dijo Mitchell.

Greene no le hizo caso.

—¡Retira la mano de ahí!

Los ojos de Mike Marsh brillaban como si tuviera fiebre. Estaba muy nervioso. Metió la mano más adentro de su chaqueta, hacia donde se dibujaba el bulto de la pistola.

Rápidamente, con la izquierda, Greene le arrancó las gafas. Con la derecha empezó a abofetearle, *flas, flas, ¡flas!* Mike Marsh masculló una blasfemia. Quiso sacar el arma, pero un oportuno rodillazo al vientre le dobló hacia adelante. El puño del detective impactó en su cara y le volvió

a enderezar. Marsh gruñó. El puño le pegó en la boca, y hubo sangre. A Marsh se le aflojaron las rodillas. Casi riendo, Greene le cazó con un gancho terrorífico al mentón. La cabeza de Marsh, de rebote, chocó contra la pared, y el hombre se deslizó suavemente al suelo.

Greene le quitó la pistola, le arrastró a un sillón y le dejó espatarrado allí.

—Esto ha sido simbólico —dijo a Mitchell—. A quien mentalmente he pegado no es a su calvo, ¿entiende? sino a usted.

Mitchell no contestó una palabra.

CAPÍTULO X

Greene dijo:

—¿Qué le parece si aclaramos unas cuantas cosas? Tengo las pesquisas muy adelantadas, pero no quiero seguir sin asegurarme de que no me he equivocado de dirección. A usted le interesa tanto como a mí.

Mitchell se encogió de hombros.

—Le dije antes por teléfono que la ciudad entera anda a la caza de Byrne. Si arma usted todo este ruido por mis diez mil pavos, pierde el tiempo. No conseguirá nada.

Mike Marsh empezaba a recobrar el conocimiento Greene se situó junto a su sillón, observándole.

—Debiera usted preocuparse de conocer mejor a las personas, Mitchell. Cometió un error echándome encima a sus gorilas. Si yo no creo que Byrne matara a May Clarke y escapara después, tampoco lo creeré porque me peguen. Todo lo contrario.

—Me deja frío.

Greene dio al calvo un puntapié para ayudarle a despertar.

—Empecemos por Mike Marsh. Hubo entre él y Byrne un asunto de faldas que los enemistó. Los tipos como Mike, así, babosos, sin pelo, mal hechos y resentidos, suelen cometer asesinatos por cuestiones de faldas. Pregúntele.

—¿Cuál era esa cuestión?

El calvo había despertado. Pidió:

—Mis gafas.

—¡Déjate de gafas ahora! —la voz de Mitchell golpeaba como un martillo—. ¿Cuál era esa cuestión de faldas, Mike?

—A nadie le importa.

La mano abierta de Greene descargó en su cara. El calvo se encogió y se protegió temerosamente la cabeza.

—No se canse, Greene —dijo Mitchell—. Por la cuenta que le tiene, Mike hablará. Es un muchacho muy comprensivo.

Hubo un silencio.

—Fue a causa de Patsy Moore —articuló Mike Marsh, después—. Yo me entendía muy bien con ella, hasta que a ese hijo de perra le dio por intervenir. No podía tener cerca una mujer bonita sin que le dedicara sus empalagosidades asquerosas. Usted sabe que yo ando por ahí tras de las chicas, jefe. Pero a Patsy la quería, y ella a él le tenía sin cuidado. Se lo dije y se rio. Bueno, Patsy cayó en sus brazos, que era de lo que se trataba. Luego se fue y no ha vuelto. Le juré a Byrne que se lo haría pagar.

—¿Y qué? —preguntó Mitchell.

—¿Recuerda cuando a Byrne le rompieron una costilla? Se la rompí yo de tanto pegarle. Un buen trabajo.

—Tú no has pegado nunca a nadie. ¿Quién te ayudó?

—Mac, Benny y Frank.

—¿Por qué Byrne no se quejó a mí?

—Tenía miedo de que le rompiéramos otras cosas. Greene terció:

—¿Quién cuerno es Patsy Moore?

—Una chica que contraté para que cantase ahí, en la sala. Ya ve, al pobre Mike le inflamó el corazón —Mitchell incrustó en el calvo sus duros ojos—. Como me entere otra vez de que peleáis unos contra otros a espaldas mías, maldito estúpido —su tono era casi cortés y, sin embargo, hizo que Marsh se estremeciera—. ¡Te dejaré señalado para toda la vida! ¡Tú y tus cochinas expansiones sentimentales!

—Sí, jefe —murmuró humildemente el pistolero.

—¡Fuera de aquí!

Mike Marsh se levantó del sillón poniendo una cara como si fuera tonto. Le manaba un hilo de sangre de la boca y otro de la nariz. Su mirada miope buscó a Greene.

—¿Mis gafas?

Greene le dio las gafas, pero no la pistola. El calvo titubeó un momento, y al fin se fue.

—Ya ve en lo que ha quedado su famosa historia —dijo Mitchell.

—Esa no era mi famosa historia —replicó el detective. Se sentó en el brazo del sillón, jugando distraídamente con la pistola de Marsh—. Era un pequeño embrollo que necesitaba aclarar para dejar expedito el camino. La historia... usted ya la conoce.

—¿La historia del asesinato de May Clarke?

Greene dijo cuidadosamente:

—La de la jugada que Byrne y la Clarke prepararon contra usted. O sea, la razón del frustrado viaje a Las Vegas, el golpe que a Byrne había de llenarle los bolsillos... Si es o no la historia de un asesinato, a usted le toca decirlo por mí.

—Yo no maté ni hice matar a May. Terminemos de una vez, Greene. Es tarde, estoy cansado, ¡y usted me fastidia! ¡Lárguese!

Greene no se movió.

—¿Por qué no ha denunciado a la policía que Kenneth Byrne le robó unos brillantes?

Mitchell enderezó bruscamente la cabeza. Su rostro era una máscara de granito.

—Siga.

—Contestemos primero la pregunta. Usted no lo ha denunciado porque la adquisición de los diamantes fue ilegal. Procedían de su sala de juego.

Otto, su cajero, los obtuvo de una cliente que había perdido demasiado y necesitaba tapar pronto la deuda, o de alguien que exigía apresuradamente dinero líquido, o de alguien que deseaba rescatar un pagaré comprometedor. Otto pagó por ellos un precio miserable: sé lo que ocurre en los garitos, Mitchell... sé cómo se hacen estas cosas. «Mil quinientos, ¿le conviene?» La fulana, o a veces es un fulano, sabe que al día siguiente conseguirá diez mil. Pero el día siguiente no es entonces no es el momento preciso en que los necesita. «Debo mil doscientos. Saldo, y queda un margen de trescientos para volver a ganar... Después, ¿quién sabe? ¡Sí, me conviene, vengan los mil quinientos!» ¡Cuánta plata se saca de un lugar como el Club Tropical! ¿No es verdad, Mitchell?

—La pura verdad —asintió Mitchell—. ¡Cuánta plata! ¿Qué más?

—Kenneth Byrne robó unos brillantes: una pulsera, un broche; un collar, qué sé yo. Algo. Lo hizo incitado por la Clarke, ¿o fue ella misma quien planeó el golpe y lo puso en práctica? ¿Se encargó solamente Byrne de deshacerse de lo robado? ¡Qué listos! ¡Los dos sabían de sobra que usted no daría parte a la policía, porque tenía las manos atadas! ¿Cuándo un ladrón da parte de que otro ladrón le ha desplumado? ¡Nunca!

Mitchell mascaba su chicle. Repitió:

—¿Qué más?

—Byrne se había puesto en contacto con un muchacho llamado Richard Yorke, corredor de la Compañía Goldberg —Mitchell dejó repentinamente de mascar—. Le citó para la madrugada o la mañana del viernes. Yorke acudiría con el dinero y Byrne con los brillantes, ambas cosas cambiarían de mano, y Byrne y May Clarke escaparían a cualquier lugar que no fuera Las Vegas, puesto que Las Vegas, si tanto lo mencionaron, no podía ser su verdadero destino. Pero a última hora, esto no sucedió.

—¿Por qué?

—Porque alguien descubrió lo que se preparaba; sorprendió a May, la torturó hasta averiguar el paradero de su amorcito; la mató, queriendo o sin querer, alcanzó a Byrne y le mató también. Hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que, además, matara a Yorke, el representante de los Goldberg.

—Una escena de circo romano —dijo Mitchell—. ¿Dónde ocurrió eso?

—No lo sé todavía.

—¿Qué fue de los cadáveres? ¿Los devoraron los leones?

—Quizá.

—¿Y los brillantes?

—¡Cuerno! —Greene se golpeó la palma de la mano con la culata de la pistola—. ¿Estoy o no estoy equivocado, Mitchell?

Mitchell reflexionó. Sonreía. Su sonrisa era como un soplo de aire polar.

—Suprima el último capítulo de ese folletín, y es posible que no se

equivoque. Pero el último capítulo apunta contra mí, porque soy yo, en su imaginación, quien descubrió el robo y apióló a May, a Byrne y al agente de los Goldberg, y quien, desde luego, se quedó al fin con los brillantes. Por última vez, Greene: ¿no fui yo!

—¿No ha recobrado las piedras?

—¿Por qué se figura que ando detrás de Byrne? ¿Por qué le ofrecí a usted diez mil pavos?

—¿Cuánto valen?

—Cincuenta mil.

—¡Ahí va! —exclamó el detective—. ¿De modo que Byrne le chorizo cincuenta mil dólares en brillantes?

—Sí. Ignoro cómo lo ha averiguado, pero es cierto.

Greene soltó un suspiro de satisfacción. Pensativo, dijo:

—Me pregunto qué habrá sido de Richard Yorke. Si no murió, puede que los Goldberg le hayan retirado de la circulación por una temporada para no comprometerse, y en tal caso, es él quien más sabe de lo sucedido. Necesito encontrarle.

—Es usted un alma cándida —replicó burlonamente Mitchell.

—¿Por qué?

—Porque ese tío estará muerto. Kenneth Byrne se lo cargó, y se cargó a May y escapó con las piedras y el dinero.

—¿Tiene pruebas de que la cosa fuera así?

—Salta a la vista. Los Goldberg, como yo, han callado la boca. Prefieren perder un corredor y un puñado de pasta a que se sepa qué negocios disimula su condenada respetabilidad. ¿Cómo ha descubierto que Byrne trataba con ellos?

—Encargué a Hércules Poirot que lo investigase.

—¡Hum! —gruñó Mitchell—. No es usted tan corto de mollera como parece. ¿Sabe la policía lo de los Goldberg?

—Sabe que Richard Yorke desapareció durante la noche del jueves al viernes. Yorke tenía el viernes un asunto importante que resolver en Long Beach, y no se presentó. Un joyero de allí hizo la denuncia. Tres hombres han venido a Los Ángeles y comprobado que Yorke estuvo aquí el jueves y que no se volvió a marchar.

Hubo un largo silencio. Mitchell mascaba. Por fin, dijo:

—Estamos como estábamos: hay que cazar a Byrne. No ha dado usted un solo paso en esa dirección.

—Byrne está muerto.

—¿Por qué demonio ha de estar muerto? Si no lo maté yo, ¿quién lo hizo?

—Alguien que se enteró de lo de los brillantes y se lanzó de pronto sobre la presa.

—Cite un nombre.

—Mike Marsh.

—No, ni soñarlo: Mike Marsh no fue. Insisto en que no ha avanzado un solo paso, Greene. Yo ya sabía que May y Byrne me robaron los brillantes. En cuanto a que se los ofrecieran a los Goldberg, eso no tiene importancia... A no ser que consiguieran vendérselos, claro está.

—Esos brillantes, ¿qué formaban?

—Un collar.

—¿Cómo los adquirió?

Mitchell se encogió estólidamente de hombros.

—Como usted ha dicho.

—¿De quién?

—No es cuenta suya.

Greene se rascó el cuello con el cañón de la pistola.

—Si no entiendo mal, que se encuentre o no se encuentre a Byrne le tiene a usted sin cuidado. Los diez mil pavos que me ofreció son por las piedras.

—Exactamente.

—Describame el collar.

—Es uno de esos que se ajustan al cuello. Cuatro vueltas, todo brillantes grandes como huevos de paloma.

—No será tanto.

—No; pero es una pieza de categoría.

—Bueno, pues vaya preparando los papiros. Tendrá el collar.

Mitchell mascaba y mascaba.

—Está usted muy seguro de sí mismo, Greene. Lo extraño es que no sé qué hacer con usted, si tomarle en serio o darle la patada. Me limitaré a recordarle que conmigo no se juega sucio. Si encuentra el collar, muy bien. Si intenta mezclarme en cualquier porquería... habrá entierro, se lo garantizo. El suyo. Un entierro de esos donde no se admiten coronas.

Greene preguntó:

—¿Cómo el de Byrne?

—Como el de Byrne si yo le hubiera echado mano. Pero no se la eché.

El detective se levantó del sillón.

—Es usted testarudo.

—Y usted. Porque lo es le doy esta oportunidad.

—Gracias —Greene dejó la pistola de Marsh sobre el escritorio—. Devuélvale al pobre Mike su juguete. ¿No habrá tortas esta vez?

—Me resultan demasiado caras de hospital.

Greene miró a Mitchell a los ojos.

—Sería divertido que usted y yo concluyéramos por entendernos.

—Muy divertido. Ahora, lárguese.

Greene se largó.

Al pasar por la sala descubrió que era muy tarde. Las orquestas habían

terminado su actuación, y el silencio se hacía molesto, incómodo, o más bien triste. Los camareros retiraban el servicio de las mesas vacías. No obstante, seguía abierto el bar, y desde el otro lado de las cortinas llegaban las voces de la gente reunida aún en torno a las ruletas.

No se veía a Mike Marsh ni a ninguno de los gorilas, pero Greene no se descuidó. Salió a la calle. Nada. Anduvo hasta el aparcamiento y se metió en el cupé. Nada. Suspiró, arrancó y se fue en paz.

Paró en la calle Mayor, donde había un bar abierto. Sentía hambre. Pidió un *hot-dog* y cerveza. A su izquierda, dos tíos un poco achispados discutían algo relacionado con China.

—A Mao hay que cortarle las alas —sentenció uno.

De codos en el mostrador, Greene pensó en todo lo que había ocurrido a lo largo de la noche. Fue solo aquella tarde cuando Nancy Stevenson le visitó en su oficina: «Iba a casarme con un hombre llamado Kenneth Byrne, que ha desaparecido. Quiero que usted le encuentre». Era un modo como otro cualquiera de empezar. «No creí que fuera usted tan caro». ¿Caro? Bueno, ¿cuánto iba a producirle el trabajo de aquella noche? Diez mil pavos de Mitchell, alrededor de seiscientos de Stevenson, unos doscientos de ella. Casi once mil. «Un asunto con el senador Stevenson y Gus Mitchell de por medio ofrece la garantía de obtener buenas tajadas». No se había equivocado. Suponiendo, claro, que el asunto terminara bien.

¿Qué daba él a cambio de tanto dinero? ¿El trabajo de una noche nada más? ¿Unas horas de actividad del cerebro y de los músculos?

No.

Greene mordió el *hot-dog*. Estaba bueno.

No, daba muchas cosas más. Cosas que no tenían precio y que, sin embargo, podían parecerle caras a una muñeca caprichosa como Nancy. Ella nunca lo comprendería. Nunca comprendería siquiera por qué había él aceptado aquel caso, y por qué, después de aceptarlo, sacó una botella de ginebra y se puso a beber.

Ella nunca comprendería nada.

En el fondo, muy en el fondo, ¿qué importaban Ken Byrne, y la Clarke, y Richard Yorke, y el collar de brillantes? ¿Qué cuerno importaban los casi once mil pavos? ¿Qué cuerno?

En la vida importaba solamente saber adónde ir. Greene pensó que lo había sabido muy bien hasta entonces, perfectamente bien. Ahora, en cambio, ya no. Su mente estaba en blanco. Era risible, grotesco, ¡grotesco de verdad!

—Hay que cortarle las alas —insistió el experto en política china.

Greene terminó el *hot-dog* y la cerveza, y se fue a dormir. Sentía un poco de asco de sí mismo.

CAPÍTULO XI

Desplegó sobre el escritorio los periódicos que había comprado. La muerte de May Clarke estaba obteniendo un gran éxito de titulares, y casi todos mencionaban a Byrne, «el *croupier* fugitivo». Los reporteros hacían suya la opinión de la policía, que no era sino la opinión de Gus Mitchell: Byrne había matado a la Clarke y luego puesto pies en polvorosa.

Había también largos párrafos dedicados al cadáver, porque el de la pelirroja era el tipo de cadáveres que los papeles gustan de describir. Greene leyó uno. Después, otro. Y otro. Los tres coincidían, y los tres estaban equivocados.

¿O no lo estaban?

Greene, automáticamente, sacó y encendió un cigarrillo. Su cara se había nublado. «Es imposible —pensó—. Mitchell ha hecho presión para que la policía diera la versión que él deseaba». No obstante, ¿alcanzaba a tanto la influencia de Mitchell? ¿Alcanzaba hasta al dictamen de un médico forense?

El detective extendió la mano, tomó el teléfono y marcó un número.

—¿Oficina del fiscal? —preguntó—. Con Norman Fox, ¿está ahí? —Esperó un momento—. Soy Burton Greene.

Una voz metálica dijo:

—¿Cómo va eso, Greene? ¿Distrayendo el hambre?

—¡Pché! —hizo Greene—. Atiéndeme, Fox. Me intereso por ese asunto de la pelirroja asesinada en Barbary Terrace. Indirectamente, no te vayas a figurar... Alguien me contrató para que encontrase a Kenneth Byrne.

—¿Tú?

La voz metálica expresaba dudas. Norman Fox era un detective de la fiscalía. Greene había trabajado con él durante un año.

—¿Por qué no? Fue antes de que el asesinato se descubriera. No parecía...

—Ahora me explico lo de la denuncia anónima. De modo que Edgar Hoover, ¿eh, Greene?

Greene murmuró una maldición.

—Está bien, yo encontré el cadáver. No digas nada por el momento; si los guardias me echan la zancadilla, me hundo. Escúchame, Fox. Vi a la mujer muerta en la bañera. Vi que la habían degollado y que tenía señales de un cuchillo o de algo así por todo el cuerpo. Pensé que la habían torturado, que querían arrancarle una declaración primero y despacharla después. Pero acabo de leer en los papeles el informe del forense, y dice que casi todas las heridas se produjeron cuando ya la mujer había muerto.

o sea, que lo sea, que lo ocurrido en realidad fue que alguien se ensañó con el cadáver... ¿Es así? ¿No se ha tergiversado la noticia?

—Es exactamente así.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro. ¿Qué pasa, Greene? Hablas como si tus ilusiones juveniles se hubieran marchitado de improviso.

Greene se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Pasa que ese detalle me hace ver el asunto del revés.

Sonó el zumbador de la puerta de la oficina.

—¿Has metido la pata? —preguntó burlonamente Fox.

—Casi —la mente de Greene era una coctelera de ideas—. Oye, han llamado. Solo quería saber eso, Fox. Hablaremos más tarde.

—¡Espera! ¿Tienes alguna pista?

—Creía tenerla. Adiós.

Greene colgó el teléfono y pasó a la pequeña antesala. Abrió la puerta que daba al pasillo.

Reconoció inmediatamente a la muchacha que esperaba en el umbral: «Buena suerte, Dick». También el sencillo vestido estampado que llevaba ponía en evidencia sus cualidades personales, pero un poco menos que el bañador. De todos modos, era la clase de chica con quien cualquiera se hubiera lanzado a fundar un hogar en una casita junto a la playa, en San Pedro. Así, al natural, tenía los ojos verdes.

—¿El señor Burton Greene? —preguntó.

—Yo mismo. Entre, se lo ruego. Sé quién es usted.

Ella entró. Al llegar al despacho, dijo:

—¿Cómo lo sabe?

—Vi anoche su foto en el departamento de Richard Yorke.

—¡Oh, sí! El capitán Margorius, de la policía de Long Beach, me ha visitado esta mañana, hablándome de usted. Me ha aconsejado que viniera a verle. Acabo de llegar a la ciudad. No le molestaré más que un minuto.

Greene dedicó a Margorius un recuerdo agradecido.

—Siéntese. ¿Cómo se llama usted?

—Rhonda Brook. Señor Greene... quiero que encuentre usted a Dick. Tengo algún dinero ahorrado. Le pagaré lo que me pida.

—Temo que me será imposible encontrar a Dick Yorke en el sentido en que usted lo desea. Y ojalá me equivoque.

La muchacha apretó los puños.

—¿Quiere decir que le ha pasado algo malo?

—Sospecho que sí.

—Pero ¿por qué? —exclamó ella—. ¿Por qué tiene que haberle pasado algo malo? ¿Ha sido un accidente? ¿A qué se refiere usted?

—No son más que suposiciones —dijo—. Sin embargo, las circunstancias han envuelto a su novio en un crimen, y es difícil calcular

cómo acabará todo. No debió usted haber venido a Los Angeles.

—¡Tenía que venir! —Los verdes ojos de Rhonda se humedecieron—. El capitán Margorius sugirió que... que Dick... se había llevado a un asesino en su coche... para ayudarle a escapar... ¡Oh, no podía resistir la incertidumbre! ¡Dick no es capaz de eso!

—No —asintió Greene—. De eso, no.

—¿Entonces?

Greene sintió que una cólera sorda se apoderaba paulatinamente de él.

—Imagine que le han matado.

Hubo un largo silencio.

—No quiero imaginar una cosa así.

—Cualquier otra que haya ocurrido será peor. Escúcheme, señorita —el detective se inclinó hacia Rhonda y vio en el fondo de sus pupilas una luz extraña—. Usted prefiere que su novio haya muerto, a que sea cómplice de un robo y de un brutal asesinato. Usted lo prefiere porque en este segundo caso, él moriría también, pero en la cámara de gas. Yo no sé decir palabras dulces ni dorar píldoras. El mundo es un estercolero, y hay que aceptarlo como es. Reflexione. Comprendo. Vivían ustedes muy felices, iban a casarse, tenían una casita, Dick se defendía bien en la ciudad y ahorrraba algún dinero... No importa. Se ha ido al diablo todo, ¡pero no importa!

—¡Cállese!

Greene se enderezó.

—Eso es cuanto puedo hacer por usted. Lamento no servir para consolarla como se merece.

Ella se levantó lentamente del sillón. Le miraba con asombro.

—Usted... ha perdido... el juicio...

—Quizá sí. ¿Tiene algún amigo o pariente en la ciudad?

—Una hermana casada.

—Márchese a su casa y déjeme las señas. La avisaré cuando se encuentre a Yorke.

La muchacha titubeó, desconcertada.

—¿Le buscará?

Nancy Stevenson, se dijo Greene, había preguntado lo mismo: «¿Le buscará?» También ella había perdido a su novio, como lo perdieron tantas y tantas otras. ¿Para qué preocuparse de una más?

—Aparecerá solo.

—¿Dick?

—¡Sí, Dick! ¿Cuándo le vio por última vez?

—El miércoles pasó un momento por San Pedro, camino de Long Beach.

—¿Dijo algo?

Rhonda respondió como en sueños:

—Estaba muy alegre. Dijo... dijo que nos casaríamos enseguida, que

en perspectiva un buen negocio... un negocio que daría para instalar la casa y para la boda... No he vuelto a verle.

—¿Concretó qué negocio era?

—Solo que le dejaría una importante comisión.

—¿Llevaba mucho tiempo con la Compañía Goldberg?

—Aproximadamente un año. Señor Greene...

—¿Cómo obtuvo el empleo?

—El padre de Dick tenía en San Pedro una pequeña joyería. Dick la regentó después de que él muriera, pero quería algo de mayor porvenir, y un corredor de los Goldberg le habló de una vacante en la compañía, y Dick se presentó y le dieron la plaza.

—¿Mencionó alguna vez que los Goldberg comerciaron con joyas de procedencia ilícita?

—¡No!

—Bueno, pues lo hacen. Ese gran negocio de que Dick le habló a usted era la compra de un collar de diamantes valorado en cincuenta mil dólares. El dueño de un garito lo había adquirido a bajo precio, y uno de sus empleados lo robó y lo ofreció a los Goldberg por intermedio de Dick, a quién conocía. Dick regresó a Los Ángeles el jueves y aquella noche se entrevistó con el ladrón para cerrar el trato. Desde entonces, ambos han desaparecido. Esta es la historia. ¿Conoce a un sujeto llamado Kenneth Byrne?

—No... Kenneth Byrne... no le conozco... ¡Señor Greene, eso no puede ser cierto!

Greene se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Es usted extremadamente bonita, señorita Brook —su tono era amargo—. Dick Yorke tenía mucha prisa por reunir el dinero suficiente para casarse y compartir con usted la casita junto a la playa. Yo no le culpo. Nadie que la haya visto a usted le culpará.

Rhonda retrocedió un paso. Había enrojecido.

—Usted... ¡Oh, es usted un canalla! ¡Dick no se ensuciaría las manos por mí! ¿Cómo se atreve a decirme eso?

—Mírese a un espejo y lo sabrá.

A la muchacha se le saltaron las lágrimas.

—Lamento haber venido aquí.

—Lo supongo. ¿Quiere dejarme las señas de su hermana?

Ella no contestó. De pronto, dio media vuelta y salió apresuradamente de la oficina. Sus tacones repiquetearon en el entarimado. Luego se oyó el golpetazo de la puerta del pasillo al cerrarse con violencia. Nada más.

Greene sacó la botella de ginebra del cajón inferior de su escritorio. Necesitaba beber. Por Rhonda y por sí mismo. Y por la turbia sensación de fracaso que le pesaba en el alma.

—La chica no ha comprendido que ese era su modo de expresar

compasión —dijo alguien.

Era Nancy. Greene lo supo antes de alzar los ojos y verla en el quicio de la puerta. Otra vez la Nancy de mirada lejana, fría, perfecta y superior. Otra vez la primera Nancy. O la falsa.

El preguntó:

—¿Le apetece un trago?

La muchacha avanzó hasta el escritorio.

—Estaba ahí fuera. He llegado al principio, pero no quise molestarle. Lo he oído todo. También lo de que Ken robó un collar.

Greene cogió un vaso de cartón y echó ginebra.

—Lo robó para escapar con May Clarke. Antes le había robado la chica a Gus Mitchell.

Nancy no se inmutó.

—La policía ha venido a casa esta mañana.

—¡Hum! Y le ha revelado a usted muchas cosas.

—Algunas. ¿Cómo era ese collar?

—De los que se ciñen a la garganta. Cuatro vueltas. Piedras de buen tamaño —Greene enarcó las cejas—. ¡No me dirá que era suyo!

Ella asintió lentamente.

—Lo di a Mitchell a cambio de mis pagarés.

—¿Cuánto importaban?

—Doce mil dólares.

—¿Se volvió loca? El collar valía cincuenta mil.

—A mí no me costó un céntimo —replicó la muchacha, desdeñosamente—. Lo había heredado de mi abuela. Y no tenía otro recurso, salvo que mi padre me echara a patadas de casa.

Greene chupó un sorbo de ginebra.

—Se ha llevado un buen desengaño, ¿eh? ¡Su propio collar le servía a Ken para fugarse con la Clarke!

—Guarde su compasión para las jovencitas ilusionadas como esa Rhonda Brook. Usted y yo nos comprendemos demasiado bien, Greene. Sé cuánto le divierten mis desengaños. Opina que los he merecido.

—¿Y me equivoco?

Nancy inclinó la cabeza.

—No.

Abrió su bolso. Sin prisa, como al descuido, sacó dos billetes nuevos de cien dólares y los depositó sobre la mesa. Greene no los tocó.

—¿Qué pretende?

—Le pago. Esto cubrirá sus honorarios, los gastos y la prima. Si falta algo le extenderé un cheque.

—¿Así que ha terminado mi trabajo para usted? ¿Espera que a Byrne lo encuentre gratis la policía?

—Me tiene sin cuidado que le encuentren o no.

Greene sonrió.

—Ayer no decía eso.

—Ayer era ayer.

—No la entiendo. ¿Usted vivía en las nubes? ¿Nunca notó que Byrne era una manzana podrida? ¿Nunca se olió sus puercos negocios y sus líos con mujeres? ¿Ha necesitado que le abrieran los ojos ahora?

Nancy señaló la botella de ginebra.

—Acepto ese trago que me ofrecía —dijo. Greene lomó otro vaso, lo llenó y se lo dio—. No es a causa de que me hayan abierto los ojos por lo que Ken me tiene sin cuidado —añadió ella.

—¿Por qué, entonces?

La muchacha apuró la ginebra de un sorbo.

—Lo sabrá cuando le abran los ojos a usted. Adiós, Greene. Use mi coche mientras lo necesite; ya me lo devolverá.

—¡Aguarde!

—¿Por qué? Solo he venido a saldar mi deuda.

—Su padre me contrató también anoche.

—Hemos hablado esta mañana. Eso no me incumbe.

—Él estaba muy al corriente de sus relaciones con Byrne. Hizo que le pegaran una paliza para infundirle prudencia. Por cierto que Mike Marsh hizo que le pegaran otra porque le había pisado una conquista. Me pregunto...

Repentinamente, Nancy rompió a reír. Su risa era artificial, ofensiva, una risa que parecía un insulto.

—¡Siga preguntándose, Greene! —Retrocedió hacia la puerta—. ¡Dios mío, qué blando y cobarde es usted debajo de ese disfraz de ahí me las den todas! ¡Siga preguntándose, y quizá reviente a fuerza de preguntas!

Greene permaneció inmóvil junto al escritorio.

Ella sostuvo su mirada un instante. Luego cruzó la puerta y se marchó. Fue como si del despacho se marchara la vida.

Greene pensó: «¡Qué blando y cobarde!»

Sobre la mesa estaban los doscientos dólares —dos billetes nuevos—, y el vaso de cartón donde la muchacha había bebido. El detective cogió el vaso. Sus dedos lo estrujaron, lo convirtieron en una bola informe. Después arrojó la bola por la ventana.

Como diez minutos más tarde llamaron a la puerta y Greene fue a abrir.

—¿Le sorprende verme? —dijo Donna Kirby.

Vestía como la víspera: falda negra, suéter negro y un escarabajo dorado. Era refrescante, invitaba a respirar con mayor amplitud. Su sola presencia borraba cuanto en el mundo había de sucio y miserable.

Greene murmuró:

—Entre.

La asió del brazo como para invitarla a pasar. Pero no fue para invitarla

a pasar. De pronto, la atrajo hacia sí y la ciñó por la cintura. Oyó que exclamaba:

—¡Greene!

Y la besó como un loco.

CAPÍTULO XII

Ella no opuso resistencia. Sus manos le ascendieron lentamente por la espalda hasta la nuca. Cuando la soltó, retrocedió un paso en silencio y tiró abajo de su suéter. Le examinó de pies a cabeza, entornando ligeramente los párpados.

—Bueno, la sorprendida he sido yo —dijo al fin—. No sabía que recibiera usted así a sus visitas.

Era imposible disculparse, pensó Greene. Era imposible explicar las cosas que llevaba dentro, el oscuro resentimiento que le había impulsado, la cólera, el dolor, el hastío y la fiebre que hervían en él.

—Perdóneme.

Donna esbozó apenas una sonrisa. Echó a andar hacia el despacho, con la gracia de un animal salvaje. Al seguirla, él la encontró apoyada en el escritorio, en medio del chorro de sol que entraba por la ventana.

La muchacha señaló la botella de ginebra.

—¿Es eso el motivo de su impetuosidad?

—El motivo es usted. Le pido otra vez que me perdone.

—No sea ridículo. ¿Qué le pasa? Anoche no ponía esa cara. ¿Está enfermo? ¿Le han dado un disgusto?

Greene encendió un cigarrillo. Hay ocasiones en que encender un cigarrillo ayuda.

—¿A qué ha venido?

—Pues... no lo sé exactamente. Pura curiosidad. He leído en los periódicos lo de May Clarke. Yo le envié allí, pero a usted no le mencionan...

—Descubrí el cadáver; hice la denuncia por teléfono, sin dar mi nombre, y me largué tan deprisa como pude.

—Lamento haberle metido en ese embrollo.

—¿Lamentarlo? ¡Cuerno! —Greene aspiró el humo como si fuera un tónico—. Todo lo contrario. Cuanto mayor es el embrollo, más dinero se le saca. Le quedará agradecido hasta el fin de mis días.

—¿Qué ha hecho? ¿Apretarle a Nancy Stevenson los tornillos?

El detective miró los doscientos dólares, que continuaban encima de la mesa.

—Ya no trabajo para Nancy. Gus Mitchell me ha ofrecido diez sábanas. Donna no disimuló su sorpresa.

—¡Diez mil dólares! ¿Por encontrar a Ken? Oiga, ¿no será un modo indirecto de atarle a usted las manos? ¿Fue realmente Ken quien mató a May Clarke, como los periódicos dicen? ¿No sería el propio Mitchell?

—¿A usted qué le parece?

—No sé. Si fuera Ken, aunque las circunstancias le acusen, no veo qué motivo tendría...

—Un motivo de cincuenta mil dólares.

La muchacha miraba al detective fijamente.

—No comprendo.

—Tal como le sugerí a usted anoche, Byrne y la Clarke le habían preparado a Mitchell una buena trastada. Consistía en robarle un collar de brillantes, una joya adquirida bajo mano en el Club Tropical, y que, por tanto, no se podía reclamar judicialmente; luego, vender las piedras y huir. Los diez mil pavos que me ofrece Mitchell no son por Byrne, sino por esas piedras.

—¿Y dónde están?

—Si Byrne mató a la Clarke y escapó, las tiene él. Pero esto no es todo. Byrne, la noche de su desaparición, debía entrevistarse con el comprador del collar, un muchacho llamado Richard Yorke, que obraba por cuenta de unos joyeros judíos. Richard Yorke ha desaparecido también. Han desaparecido él y su dinero, para ser exactos.

Hubo un silencio. Donna estaba perpleja.

—Ya entiendo —dijo después—. Ken mató a la Clarke, mató a ese hombre y escapó con el collar y el dinero. Dios mío, ¡qué golpe! ¡Setenta y cinco mil dólares, o más! ¿Y usted espera todavía cobrar de Mitchell?

—Sí.

—¡Pero si Ken estará ya escondido en el otro extremo del mundo!

Greene movió negativamente la cabeza.

—Ken lo que está es muerto.

—¿Muerto?

—No tengo pruebas, lo afirmo por intuición. Ken Byrne no es un asesino. Tipos como él los he conocido a docenas y no encajan en ese cuadro. Hay demasiada sangre, demasiada violencia... Otra persona se mezcló en el asunto, alguien que supo lo del collar y obró con un sentido de la oportunidad asombroso. Es decir... No, eso tampoco es posible.

—¿Qué?

—Mi idea era que esa persona fue a casa de May Clarke creyendo que iba a encontrar allí a Byrne. Como no le encontró, torturó a May hasta que ella le confesó dónde se hallaba y le dijo que era él quien tenía el collar. Después la mató. Cuando dio con Byrne, este estaba en compañía de Richard Yorke, de modo que cazó dos pájaros de un tiro.

—¿Y por qué eso no es posible?

—Porque a May Clarke no la torturaron. Murió degollada y el asesino se ensañó con su cadáver.

—¿Y bien?

—Es un crimen completamente distinto. Revela... no sé, revela tanta

pasión... Lo cambia todo.

Donna se adelantó hacia Greene y se detuvo ante él.

Apoyó las manos en sus hombros para mirarle a la cara. Preguntó:

—¿A usted le interesa mucho el dinero?

Él iba a contestar: «Sí», pero dijo:

—Hasta ahora siempre me ha interesado.

—Si estuviera en su lugar, yo me Olvidaría de los diez mil dólares de Mitchell. Sospecho que, por ganas de cobrarlos, se ha armado un lío que ya no sabe cómo resolver, porque la única solución lógica es que Ken mató a May Clarke y al otro hombre, y usted la rechaza deliberadamente. Si necesita que le consuelen, yo le consolaré. ¿Por qué no cenamos juntos esta noche y organizamos una pequeña farra? ¿Eh? ¿Qué le parece?

—Ken Byrne no es un asesino —replicó ceñudamente Greene. La presencia física de la muchacha, su proximidad, su leve perfume, le llenaban los sentidos. Sus ojos recorrieron, el suéter negro, se detuvieron en el escarabajo dorado, ascendieron a la garganta, a los labios entreabiertos en una sonrisa, a la fina nariz, a los ojos brillantes. Pensó, una vez más, que Donna era por sí sola suficiente compensación para todos los cochinos fracasos que la vida brindaba. Y dijo—: Ken Byrne es un cadáver.

—Entonces, ¿dónde está?

—Lo averiguaré de un modo u otro.

Ella rio, echando la cabeza un poco atrás.

—Muy bien, señor testarudo. ¿Me llamará para ir a cenar esta noche?

—No puedo prometérselo —murmuró el detective.

Y Donna le besó.

Fue un beso que nada tuvo que ver con el de antes. Absolutamente nada. Y casi con ninguno de los que Greene alcanzaba a recordar.

—¿Me lo promete ahora?

El articuló:

—Sí.

Donna se desprendió de sus brazos y se atusó el cabello. Luego, rápidamente, le acarició con la punta de los dedos la mejilla.

—De acuerdo, Burt. Hasta la noche.

Se fue.

Permaneció inmóvil unos momentos, reflexionando.

Después apuró bruscamente el vaso, descolgó el teléfono y marcó el número de la fiscalía.

—Con Norman Fox —esperó—. Soy Greene.

Fox preguntó:

—¿Cómo siguen tus ilusiones?

—Óyeme, Fox. Anoche, unos policías de Long Beach debieron de entregar un informe respecto a un tal Richard Yorke, que podría

relacionarse con el caso Clarke. Yorke y su coche han desaparecido desde el jueves. ¿Sabes si se ha dado algún paso en su busca? Esos policías conocían el número de la placa. ¿Sabes si el coche se ha encontrado?

Hubo una pausa.

—Te llamaré dentro de unos minutos y te diré lo que hay. ¿Dónde estás?

—En mi despacho.

—Pues hasta ahora.

Greene colgó el aparato.

La botella estaba vacía cuando llamó Fox.

—Greene, ¿tú no has hablado con el teniente Shappiro?

—No.

—Creo que quiere verte por ese lío de Long Beach y Richard Yorke. ¿Qué es lo que pasa? Alguien le está echando tierra encima a eso.

—Gus Mitchell —replicó el detective—. O la Compañía Goldberg, si tiene en el Departamento la influencia necesaria.

—¿Va por ahí tu investigación?

—En parte. Bueno, ¿qué me dices del coche de Yorke?

—Sí, desde esta madrugada lo buscan. Nada.

—¿Ni rastro todavía?

—No. Hablas de un modo raro, Greene. ¿Has bebido?

—Un poco.

—¿Así, en ayunas?

—En ayunas —dijo Greene.

Y cortó la comunicación.

Sacó el cuaderno de direcciones de Kenneth Byrne, tomó el teléfono, consultó un número y lo marcó.

La llamada sonó tres veces.

—Diga.

—¿Selena Evans?

—Ya no vive aquí.

—¿Puede darme sus señas actuales?

—No las sé.

Seguía siendo fácil. Greene buscó el número de Sammy Keogh. Llamó. Una mujer le dijo que Sammy Keogh dormía.

—Despiértele, es muy importante. Necesito hablar con Selena Evans e ignoro su teléfono. Se trata de algo relacionado con Kenneth Byrne.

—¿Quién es usted?

—Burton Greene, detective privado. Hablé con Sammy anoche, en el Mexicana Palace. Recuérdeselo.

—Aguarde.

Greene aguardó.

—Anoté el número —dijo la mujer, transcurrido algún tiempo. Lo dictó

—Sammy pregunta si hay algo nuevo.

—Por ahora, no. Se lo haré saber. Gracias.

Ya estaba. Greene marcó el nuevo número lentamente.

Contestó la propia Selena:

—Sí, soy yo.

—Aquí Burton Greene, el detective con quien habló anoche en el Mexicana, ¿recuerda?

—Oh, hola. ¿Qué quiere? ¿Sabe ya algo de Ken?

—Nada. Usted me dijo... usted me dijo una cosa de los cuadros, los libros y la música que rodeaban a Byrne...; me dijo que estaban por encima de la vulgaridad...

—Sí.

—¿A qué se refería? ¿A sus habitaciones de los Departamentos Fielding?

—¿Los Departamentos Fielding? —La voz de Selena reflejó asombro—. No; Ken, que yo sepa, no vivía allí.

El puño de Greene se cerró con fuerza en torno al auricular. ¡No vivía allí! ¡No vivía en el departamento a que le envió Nancy!

—¿Dónde, entonces?

—En un *bungalow* por encima de Highland Avenue.

—¿Dónde, exactamente?

—Un momento —pasó un rato—. Las señas son: número catorce, calle Sternwood.

—Sí.

—¿Seguro?

—¡Gracias!

Greene depositó el aparato en su horquilla. Experimentaba un curioso vacío interior, pero, en cambio, ni asomo de placer. Había estado ciego y ahora veía luz, y sin embargo, casi hubiera preferido no verla. Era una luz que iluminaba demasiadas cosas.

Su subconsciente se lo anunciaba hacía tiempo. El departamento de Byrne que él visitó parecía un lugar habitado, pero no completamente habitado. Había ropa, novelas baratas, discos de gusto adocenado. Lo que no había era documentos, ni cartas, ni fotografías, ni periódicos viejos, ni nada realmente personal. Byrne debió de utilizarlo porque estaba cerca del centro, y porque disimulaba lo que convenía disimular. «Su empleo era demasiado modesto para el modo como vivía y el dinero que gastaba...» En los Departamentos Fielding, Byrne sí vivía conforme a su empleo; pero ¿y en el *bungalow* de la calle Sternwood? ¿Qué?

¿Cómo había él podido tildar de estúpida a Selena Evans si no le dijo más que la verdad?

Greene tomó de nuevo el teléfono y llamó a casa del senador

Stevenson. No estaba. Buscó en la guía el número de su oficina del Edificio Planetarium. Un momento después hablaba con él.

—Stevenson, ¿usted sabe dónde vive Byrne?

—En los Departamentos Fielding.

—¿Sabe algo de un *bungalow* que posee en la calle Sternwood? ¿Sabe si es cierto que lo posee? ¿Se lo han dicho sus hombres?

—No sé de eso una palabra. ¿Qué pasa, Greene?

—Nada —murmuró Greene—. Nada aún.

Stevenson no sabía una palabra. Y probablemente Nancy tampoco, porque el *bungalow* no estaba destinado a ella ni a las personas como ella. Por encima de la chabacanería y la vulgaridad, un nido lujoso y romántico, un rincón elegante en un distrito apartado del estrépito de la ciudad, de la porquería y de la miseria; ¡el lugar a propósito para deslumbrar a las ingenuas provincianas que acudían a Los Ángeles en busca de fortuna! ¡Un arma secreta, un refugio oculto!

El *bungalow* estaba destinado a Selena Evans y a las personas como Selena Evans. Greene, mentalmente, pidió excusas a la muchacha.

Y tomó otra vez el teléfono, y llamó a Gus Mitchell y le preguntó dónde vivía Byrne. Y Mitchell repuso:

—En los Departamentos Fielding. ¿Cómo me sale ahora con eso?

Y Norman Fox, a quién llamó después:

—En los Departamentos Fielding.

¡Un arma secreta! ¡Su existencia a nadie se le había ocurrido todavía!

Greene colgó el teléfono y se levantó del escritorio. Se encasquetó el sombrero. Bajó a la calle.

Se metió en el cupé de Nancy y lo puso en marcha. Pero no vio que, al arrancar, un «Caddy» azul ocupado por dos hombres se ponía igualmente en marcha y le seguía.

Greene se dirigió a Highland Avenue...

CAPÍTULO XIII

Tuvo que preguntar a un transeúnte. La calle Sternwood solo era calle al principio. Después era un camino que se internaba entre las colinas. La zona estaba por urbanizar, y el crecimiento de la urbe aún no la había alcanzado.

Había una casa con el número dos y otra con el cuatro, pero ni rastro del catorce. Greene se adentró en el camino. Detrás de la primera colina vio al fin un seto con una puerta, y en esta el número que buscaba. Lo que no vio fue el *bungalow*, aunque al cabo de un momento descubrió que lo ocultaban la loma y los árboles. Desde la puerta, un camino privado, con huellas de neumáticos muy evidentes, conducía a él.

Greene detuvo el coche y se aproximó al *bungalow*. Era pequeño, pero no modesto. Se notaba que un buen arquitecto lo había proyectado: se notaba en sus líneas y en el modo perfecto como armonizaba con el paisaje.

Tenía césped en torno y, desde el sendero, se distinguía el extremo de una piscina situada detrás. En la veranda había sillas de colores.

Aunque era mediodía, las luces estaban encendidas. Y la puerta abierta.

Y un «Ford» color cereza, matrícula LA 88-914, interceptaba el paso. Era el «Ford» de Yorke.

El detective subió lentamente los dos peldaños de la veranda y entró en el *bungalow*. Era cierto: cuadros, muebles, ambiente, decoración, todo se hallaba por encima de la vulgaridad. Muy por encima. El *living* que ahora veía era una auténtica prueba de buen gusto.

Pero los cadáveres, no.

Los dos hombres estaban muertos y olían mal. Uno era Kenneth Byrne: boca arriba, espatarrado, grotesco, con la cara llena de sangre; el otro, un muchacho rubio vestido de gris, era Richard Yorke: tendido de costado, como si durmiera. Sobre ambos zumbaba un enjambre de moscas.

Greene recordó las palabras que pronunciara Mitchell: «Una escena de circo romano». Recordó muchas otras cosas. La alegre foto de Rhonda Brook, por ejemplo —«Buena suerte, Dick!»—, y la expresión de su cara cuando salió de la oficina. «¡Buena suerte, Dick!» Allí estaba Dick, muerto... Y recordó a Nancy Stevenson: «Iba a casarme con un hombre llamado Kenneth Byrne, que ha desaparecido». Allí estaba Kenneth Byrne también, cubierto de sangre y de moscas. Lo había encontrado.

El cigarrillo le quemó al detective los dedos. Se había consumido solo, mientras él pensaba. Greene se preguntó cuánto tiempo habría durado su abstracción. Luego sacó el pañuelo, se lo aplicó a la nariz y avanzó un paso

hacia los dos cadáveres.

En la puerta que daba a la veranda se produjo un ligero ruido.

—¡Quieto!

La palabra fue un chillido de mujer.

Greene se detuvo y levantó las manos. Dijo, sin volverse:

—Hola, Donna.

Donna Kirby dio un rodeo para evitar su proximidad y le hizo frente desde el otro lado del *living*. Empuñaba una pequeña automática pavonada. Al caminar, la falda y el *sweater* negros moldeaban su soberbia figura. Todo lo que en ella había de animal, de primitivo, de criatura selvática, había cobrado un asombroso valor. Un poco encogida sobre sí misma, ardientes los ojos, húmedos los labios, parecía una pantera en acecho. Negra: una pantera negra.

—¿Cómo ha sabido que era yo?

Greene se encogió de hombros. Se sentía, de pronto, infinitamente cansado. Replicó:

—Usted misma me lo ha dicho.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Al besarme, antes, en mi oficina. Sé para qué está aquí. Hasta hace un rato no se ha enterado de que al matar a Byrne y a Yorke y huir precipitadamente desperdició una fortuna. El beso que me ha dado era una expresión de agradecimiento, porque he sido yo quien se lo ha revelado.

Ella asintió.

—Es verdad. Pero he llegado a tiempo de reparar mi descuido.

Greene miraba disimuladamente en torno. Estaba completamente al descubierto, demasiado lejos de la puerta y de cualquiera de los muebles para confiar en hallar cobijo antes de que la mujer disparase. Su única opción era acercarse a ella y arrebatarle la pistola.

—Siento mucho que esto haya de terminar así —dijo. Adelantó un paso—. Me hubiera gustado llevarla a cenar esta noche. Es usted...

—No, no se mueva —la automática permanecía firme, apuntándole al vientre—. O muévase, lo mismo da. Tendré que matarle de todos modos.

Greene bajó los ojos hacia los cadáveres.

—Apestan —murmuró—. A usted le falta sentido estético, Donna. Me dolería tener una muerte tan fea como la de esos dos.

—No digas bobadas.

—Un crimen no se comete así —insistió tercamente Greene—. ¿Qué hizo usted? ¡Cuerno! ¿y con May Clarke? Había estado durante un mes acumulando su despecho, su odio, sus celos, su envidia, ¿no es cierto? ¡Pero si anoche me contó la historia entera! ¿Está loca?

—Necesitaba contársela a alguien.

—¿Y me eligió precisamente a mí?

—Usted parecía tonto, uno de esos tíos que se hacen el duro a lo Kirk

de Douglas y que de las mujeres solo ven la fachada. Me sentía segura a su lado. Me lo siento aún.

—Gracias.

Hubo un silencio. Greene se preguntó en qué momento iba ella a disparar. El hedor de los dos cadáveres le revolvía el estómago.

—Siga —dijo. Tenía que ganar tiempo a toda costa; tenía que distraerla. El hecho de que Donna se sintiera segura a su lado era una baza a su favor. Pudo haberle matado como sin duda mató a Byrne y Yorke: por sorpresa, sin avisar. Puesto que no lo hizo, no todo estaba perdido todavía —. Cuénteme el resto. ¿Cómo empezó? ¿En ese *drugstore* donde Ken y la Clarke comían bocadillos?

—Sí.

—¿Y qué?

Donna se pasó la lengua por los labios.

—Usted lo ha dicho: Ken Byrne hizo de mí una perdida, y yo llevaba un mes odiándole como nunca creí que se pudiera odiar. Verlos allí juntos, tan sonrientes y felices, me sacó de quicio. Ella, ¡esa zorra! era la culpable de todo... Cuando salieron, los seguí. Fueron a la casita de Barbary Terrace. Me quedé fuera buscando un modo de entrar. Tuve... tuve que presenciar por la ventana su idilio... ¡Oh, qué asco! Pero duró poco, y Ken se fue. Pude entrar al cabo de un momento por una ventana. May se disponía a bañarse. La... la tomé de improviso... Bueno, ya comprende... usted la vio...

—No comprendo. ¿Cuál fue el arma?

—La única que tenía a mano: mi lima de uñas. La llevaba en el bolso.

Greene hizo una mueca.

—¿La degolló con su lima de uñas? Y esas heridas horribles, aserradas, y las llagas que tenía por todo el cuerpo, ¿se las causó con la lima?

—Sí. No me pregunte... no recuerdo cómo... Estaba ciega... o enferma...

Donna calló. El detective dijo:

—Bueno, ¿qué pasó cuando la hubo matado?

—La metí en la bañera, porque estaba medio caída encima. Entonces, en el espejo, vi que me había roto el vestido y que lo llevaba todo manchado de sangre. Me fui a casa...

—¿Tiene coche?

—No: Fui a Barbary Terrace en un taxi que me dejó en Laurel Canyon Drive, y volví en otro que encontré después de caminar un rato.

—¿Y no la tranquilizaron el paseo y el tiempo que transcurrió?

—¡Sí; me tranquilizaron lo suficiente para entender que debía terminar lo que había emprendido! En casa me cambié de ropa y cogí la pistola. ¿Sabe quién me regaló esta pistola?

—¿Kenneth Byrne?

—¡No! Me la regaló mi tío Houston, cuando salí de Corpus Christi, por si algún día me veía en trance de defender mi virtud. Mi tío Houston tiene

formada por Hollywood una impresión muy realista.

—¡Hum! —gruñó Greene. Estaba aguardando desesperadamente su oportunidad, pero Donna no se descuidaba un segundo—. Continúe.

—Fui en busca de Ken. Primero a los Departamentos Fielding, y no estaba. Luego, aquí.

—¿Conocía esta casa?

—¡Por supuesto que la conocía! ¡Su nido de amor!

—¿Cómo vino?

—Como ahora, con el autobús de Highland Avenue. Y todo fue tan rápido... Me acerqué, subí a la veranda. Ken, en pie ahí, hablaba con ese otro hombre. No pude contenerme al ver su sonrisa, sus gestos... Le pegué dos tiros, uno en la cara. Sé apuntar. El otro hombre se volvió y me descubrió. Quiso correr hacia mí... Mírelo. Lleva tres balas dentro. Esto está aislado; nadie lo oyó.

Greene miró hacia el cadáver de Yorke.

—¿Y regresó con el autobús?

—Sí, y dormí como no había dormido en muchas noches.

—Me da usted náuseas —dijo el detective.

—Me importa un comino, Greene. Hemos acabado.

—Pero ¿y lo de hoy?

—¿Lo de hoy? ¿No ha dicho que lo había descubierto al besarme?

—¿Por qué ha ido a mí despacho?

—Había ido ya otra vez, esta mañana, sin encontrarle. Estaba inquieta, no me explicaba por qué nadie había encontrado aún a Ken y a este chico. Quería que usted me contara cómo andaba el asunto... Me ha contado algo mucho mejor. ¿Sabe lo que he sentido al oírle hablar de los brillantes y el dinero? Pues como si me nacieran alas... como si de repente fuera capaz de volar... ¡Tanta miseria, tanta vergüenza, tanto trabajo oscuro y mal pagado, y ahora disponía de miles y miles de dólares solo por haber matado a tres personas! Corría un gran riesgo al venir aquí, porque este lugar no tardaría en descubrirse; pero no podía desperdiciar ocasión semejante. He venido. He visto su coche fuera... Creo que esto es todo.

Greene dijo todavía:

—Si en lugar del autobús hubiera tomado un taxi, habría llegado antes que yo y se hubiese ahorrado matar a una persona más.

—Una más, ¿qué importa?

Greene tenía todos los músculos en tensión. Sudaba.

—No, Donna, los crímenes no se cometen así —repitió—. Un arrebató pasional explica lo de May Clarke y Kenneth Byrne, pero no lo de Yorke, que estaba al margen, ni tampoco lo mío. ¿Se da cuenta del daño que causa? ¿Ha pensado en los padres, o en la esposa, o en la novia, de...?

—Basta, Greene.

Los nudillos de la mano con que Donna sostenía la automática se

estaban volviendo blancos. Greene miró a la mujer a los ojos y leyó en ellos su sentencia de muerte.

—Un minuto... para poner mi conciencia en paz...

Donna retrocedió un poco.

—Acérquese a los cadáveres —ordenó. La voz se le había velado—. Veamos, ¡acérquese! ¿Le dan miedo?

El detective obedeció. El hedor estuvo a punto de hacerle vomitar.

—Eso es —añadió ella—. Agáchese y regístrelos. Han de llevar encima el dinero y los brillantes. Sáquelos.

Greene dijo:

—Un hombre que va a morir merece ciertas consideraciones.

—¡Haga lo que le digo! ¡Y no olvide que no le quito ojo!

Greene titubeó una fracción de segundo. Si Donna había de matarle de todos modos, era preferible defenderse, aunque se acabara antes. Su mano derecha tembló, dispuesta a dirigirse a la funda axilar y empuñar el «Smith» 38. Sin embargo... sin embargo... apretar uno mismo el resorte que ha de enviarle al infierno...

—¡Deprisa!

El detective se agachó junto al cuerpo de Byrne e inspeccionó sus bolsillos. Encontró un fajo de billetes de a mil, quizá veinte o veinticinco. A una seña de Donna los arrojó a sus pies. Ahuyentó las moscas que volaban en torno a su cabeza y se aproximó al cadáver de Yorke. Yorke tenía las piedras, lo cual significaba que la transacción se había ya efectuado cuando él y Byrne murieron. Greene se enderezó lentamente, pálido de asco. Entre sus dedos centelleaban los brillantes del collar que Nancy heredara de su abuela.

En aquel momento, Donna disparó.

Greene pensó: «Ha fallado». E inmediatamente observó que la muchacha no había disparado contra él, sino contra algo o alguien situado más atrás, en la puerta de la veranda.

Se volvió rápidamente. En la puerta había dos hombres. Uno de los dos, que era Mike Marsh, se doblaba hacia delante, alcanzado por el disparo. El otro era el pájaro que había seguido a Greene desde el bar del Club Tropical al despacho de Mitchell, cuando el detective visitó a este por segunda vez. Empuñaba una «Thompson».

Donna disparó de nuevo, pero el hombre se había agachado, y aprovechaba que Marsh se mantenía todavía en pie para utilizarle como escudo. La bala pasó alta. Entonces, la «Thompson» empezó a rugir.

Greene vio que el chorro de plomo cazaba de lleno a la mujer, que la sacudía, que le imprimía una vibración como la de una máquina perforadora; vio que la acribillaba, que la achicharraba... En un instante, Donna fue toda salpicaduras de sangre y músculos flácidos. Su estupenda belleza se desintegró. Cayó al suelo e hizo «chaf», como una fruta

demasiado madura.

El hombre de la «Thompson» fijó en Greene sus salvajes ojillos y dirigió hacia él la boca de la pistola ametralladora. Pero Greene ya había salido de su estupor, ya había saltado, ya se refugiaba detrás de un sillón. Cuando el hombre apretó otra vez el gatillo, también el detective apretó el de su «38». El rugido de la «Thompson» se interrumpió en seco. Un tiro de revólver, dos, ¡tres!

El hombre abrió los brazos, soltó el arma y se derrumbó. Quedó flotando en el *living* una nubecilla de humo.

Y se hizo un tétrico silencio.

Greene abandonó su refugio para aproximarse a Donna. Estaba muerta. E igual el hombre de la «Thompson». Mike Marsh, en cambio, caído en el umbral, malherido, vivía aún.

—¿Gus Mitchell os envió contra mí?

El calvo se estremecía de dolor y de miedo.

—No... Nos ordenó que te siguiéramos solamente... No se fiaba...

—Tu compañero iba a matarme.

—Ha perdido... la cabeza...

—Y la vida —dijo Greene.

Pero él se había salvado.

¿Para qué?

Rodeó el *living* hasta un aparador, abierto, donde se veían botellas y vasos. Se sirvió cuatro dedos de ginebra, la apuró de un trago y se volvió a servir.

En el suelo había cuatro cadáveres, un hombre herido, una pistola ametralladora, una automática pavonada, un puñado de cápsulas, un collar de brillantes y un fajo de billetes de mil dólares. Con el vaso en la mano, Greene recogió los billetes y los brillantes. Tenía que llamar a Mitchell y decirle que era un cerdo; a Stevenson y anunciarle que todo había terminado; a Norman Fox y comunicarle que el caso Clarke estaba listo; y a Sammy Keogh, y a Selena Evans, y quizá, si la encontraba, a Rhonda Brook. Y tenía que pedir para Mike Marsh una ambulancia.

Apuró el vaso por segunda vez.

Cuando tomó el teléfono sin embargo, no llamó sino a Nancy.

—He abierto los ojos —dijo.

Y ella contestó:

—Ven.

Greene, ahora, ya sabía adónde ir. Esto era lo único importante.

FIN

BRIGITTE «BABY» MONTFORT

la mundialmente famosa agente conocida como la espía «Baby», surgida de la fecunda pluma de

LOU CARRIGAN

el afamado escritor que tantos éxitos lleva cosechados en el transcurso de su carrera literaria es presentada, ahora, por

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

a los numerosos lectores que la honran con su adhesión, a través de su colección:

ARCHIVO SECRETO

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.

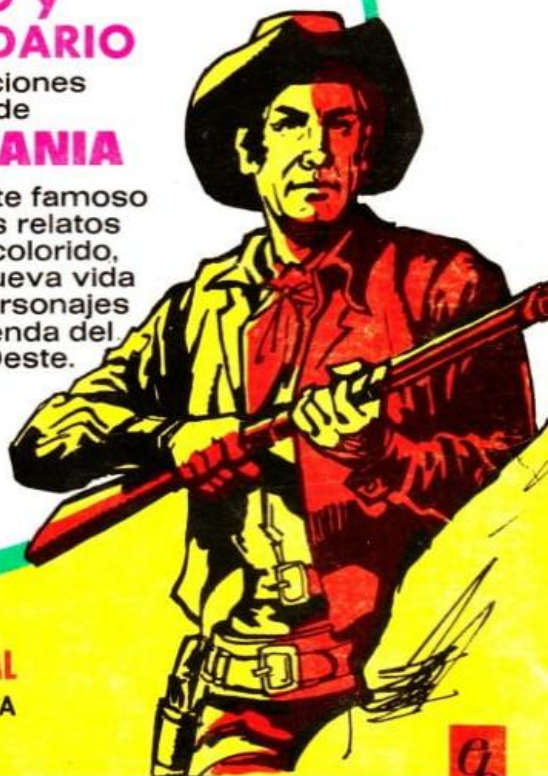
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

